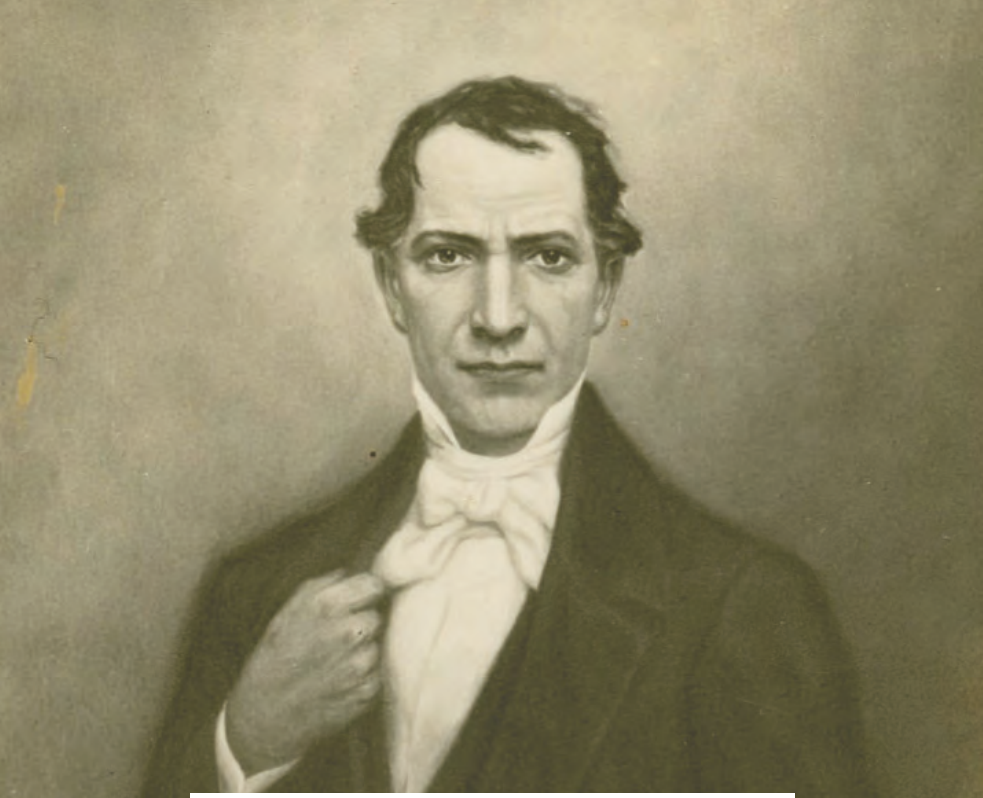


VICENTE ROCAFUERTE

Memoria y práctica de un ministro universal de América 1824-1839

David A. Olvera Ayes

SECRETARÍA DE RELACIONES EXTERIORES
MÉXICO

VICENTE ROCAFUERTE

Memoria y práctica de un ministro universal de América
1824-1839

VICENTE ROCAFUERTE

Memoria y práctica de un ministro universal de América 1824-1839

David A. Olvera Ayes

SECRETARÍA DE RELACIONES EXTERIORES
MÉXICO

Marcelo Ebrard Casaubon
Secretario de Relaciones Exteriores

Carmen Moreno Toscano
Subsecretaria de Relaciones Exteriores

Alejandro Alday
Director General del Instituto Matías Romero

Miguel Ángel Valverde Loya
Director del Centro de Investigación Internacional

José Gabriel López López
Director de Producción Editorial

INSTITUTO
MATÍAS
ROMERO

© Secretaría de Relaciones Exteriores, 2022
Instituto Matías Romero
Plaza Juárez 20, Centro Histórico,
Alcaldía Cuauhtémoc,
C. P. 06010, Ciudad de México
© Cuadernos del Cronista
© David A. Olvera Ayes

ISBN versión impresa: 978-607-446-246-3
ISBN versión digital: 978-607-446-247-0

Se prohíbe la reproducción parcial o total, y por cualquier medio, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos patrimoniales.

Impreso y hecho en México

Índice

7 Presentación

11 Mirada meridional.
Antecedentes de una amistad inevitable

25 *Theatrum* político hispanoamericano.
El México y el Ecuador de Rocafuerte

41 Escenario diplomático europeo.
Rocafuerte, ministro de México en Gran Bretaña

53 Rocafuerte, libertario y liberal.
Última estancia en México y partida a Ecuador

65 Rocafuerte, ministro a la práctica.
Acción diplomática de un presidente liberal

79 Cronología diplomática.
Legaciones de Ecuador en México durante la época de Vicente Rocafuerte

81 Bibliografía

Presentación

El Instituto Matías Romero de la Secretaría de Relaciones Exteriores tiene el agrado de presentar esta obra dedicada a la biografía de Vicente Rocafuerte, un latinoamericano ilustre con una vasta obra en las letras, la política y la diplomacia de las primeras décadas del siglo XIX.

Una biografía como la de Vicente Rocafuerte transforma a quien la lee, por la vía de la reflexión. Todas las épocas son complejas, aunque los momentos más difíciles son aquellos de transformación política radical. Por ello, vidas como la de Rocafuerte destacan porque, en una época de poca gobernabilidad, intentó solucionar los problemas de la América recién emancipada a través de la diplomacia y el pensamiento.

Fue dentro de estos ámbitos que se desarrolló la personalidad de nuestro protagonista y, con el objeto de entender estas múltiples facetas, la presente obra reconstruye el contexto, los orígenes, las ideas y las iniciativas de Rocafuerte durante ciertos lapsos de su desempeño político.

En un principio, de forma sucinta, se revela cómo las luchas independentistas de la América hispana dieron cabida a liderazgos que aspiraban a un orden distinto. Libre

del sistema monárquico, la emancipación política de Hispanoamérica plantó semillas de republicanismo en países que habían sido gobernados mediante virreinatos; esta contradicción desencadenó, forzosamente, enfrentamientos por el poder.

Rocafuerte recorrió mundos en crisis durante su juventud. Pasados sus primeros años en su natal Guayaquil, estudió en España y pasó a París, donde leyó, escuchó conversaciones y simpatizó con algunas de las ideas de renovación que se transmitían en esos ambientes.

Después, como se detalla más adelante, a su retorno a América, en su tránsito por la Ciudad de México, las circunstancias lo empujaron de regreso a Europa; en esta ocasión, hacia Gran Bretaña. La independencia de México promovió la apertura a una naciente vida diplomática y las nuevas autoridades buscaron legitimarse y fortalecerse por medio del reconocimiento y las relaciones con otras naciones. Gracias a su inteligencia y al dominio del idioma francés, Rocafuerte prestó valiosos servicios a la diplomacia mexicana, se hizo mexicano y entró, así, de pleno derecho, en las páginas políticas de nuestra Historia. En términos concretos, Rocafuerte fue naturalizado y, posteriormente, se le nombró representante de México en Gran Bretaña, reino en el cual negoció asuntos delicados, como la tolerancia de cultos, y obtuvo el reconocimiento de la independencia mexicana por el Gobierno inglés.

Estas habilidades diplomáticas y su visión ideal antimonárquica y secularizadora dominaron tanto los actos como las obras de Rocafuerte, así que, al ascender a la presidencia de Ecuador, él dio los primeros pasos para formalizar las relaciones de su país con el nuestro. Ahora, como se comprenderá al término de estas páginas, en la vida política de

Rocafuerte confluyeron ideales políticos, misiones transcontinentales de importancia suma y afanes de reforma que la inestabilidad gubernamental fue incapaz de aniquilar por completo.

En conclusión, así como Rocafuerte pensó en México, al fragor de sus luchas políticas en Ecuador, cuando puso el nombre de Chihuahua a una imprenta propagandística, al lector de estas páginas le corresponde valorar cuán útiles son, en nuestro presente, el talento y la visión de personalidades como la del sujeto aquí estudiado.

El Instituto Matías Romero agradece al autor, David Olvera Ayes, por esta biografía tan importante sobre Vicente Rocafuerte, como una contribución para la comprensión de etapas históricas y procesos políticos y sociales que marcaron parte de la historia inicial del México independiente.

Alejandro Alday
Director General del Instituto Matías Romero

Mirada meridional
Antecedentes de una amistad inevitable

En el pasado se ha dicho mucho acerca de la relación entre México y América del Sur. Algunos se inclinan a pensar que los contactos han sido voluntaria y decididamente limitados. Otros, con alguna cautela, prefieren decir que hasta ciertas épocas fueron más formales que sustantivos. Lo cierto es que una revisión somera de los documentos contenidos en legajos y cajas resguardadas en el Acervo Histórico Diplomático de la Secretaría de Relaciones Exteriores, así como la historiografía disponible en varios repositorios nacionales y extranjeros, revelan una situación diametralmente distinta a lo que suele pensarse. Esto es más evidente si consideramos que el vínculo entre el territorio actual de la República Mexicana y el Cono Sur data de mucho tiempo atrás, antes de que los reinos y las capitanías se convirtieran en Estados soberanos.

Sin caer en ninguna promoción trivial, puede afirmarse que el mismo Acervo ha publicado, a lo largo de su historia, abundantes trabajos de análisis sobre las relaciones diplomáticas con nuestros vecinos del sur. En ellos, se han incluido investigaciones que con toda rigurosidad académica añaden numerosos documentos que ilustran esas historias paralelas

cuyos contactos se antojan complicados, aunque de buena fe. Podría decirse, en todo caso, que la revisión hecha por los especialistas desemboca en dos postulados preliminares: el primero es que, en medio de la búsqueda de su autonomía como países libres, los problemas internos dificultaron en modo supremo la comunicación con otros Estados que atravesaban esa misma situación y, por tanto, la prioridad de los gobiernos fue lograr la estabilidad al interior para después establecer lazos con el exterior; el segundo, una vez "lograda" la siempre entredicha estabilidad interna, aspiraron a legitimar sus gobiernos mediante el reconocimiento internacional, para lo cual fomentaron relaciones con el extranjero, en primer término con las potencias europeas —sobre todo con Inglaterra— y, en segundo, con Estados Unidos, cuyo modelo político constitucional sirvió de inspiración a los primeros políticos hispanoamericanos para crear el suyo propio.

Al terminar las luchas emancipadoras en el Sur, así como al inicio de la consolidación como Estados nacionales, los países resultantes de este proceso volvieron la vista para mirarse entre ellos. En las décadas siguientes a 1820, los acercamientos amistosos entre las repúblicas rebasaron el límite de la formalidad e incluso ofrecieron, cuando la situación así lo demandó, ayuda económica y militar para contrarrestar los peligros de nuevas invasiones españolas o por parte de otras potencias que deseaban encauzarlas en una dinámica "neocolonial" bajo pretextos ridículos e infamantes. Por estos motivos, se considera que las relaciones internacionales entre las entidades de Hispanoamérica, más que amistad, fueron un instrumento de su consolidación como naciones independientes que hallaron en el reconocimiento externo el origen legítimo de su existencia.

En el contexto americano, Nueva España buscaba la defensa de una autonomía largamente cultivada.[1] Desde mediados del siglo XVII se percibía entre los habitantes del reino una relajación de la hegemonía hispánica para dar lugar a la preponderancia local sobre los europeos. Es por ello que la Corona limitó el contacto entre sus virreinatos mediante una real cédula de 1634, sin ningún efecto, donde se les prohibía comerciar entre ellos.[2] En el litoral caribeño y pacífico, el contrabando de mercancías era boyante y los enemigos de los españoles —ingleses, holandeses y franceses— estaban más que afianzados en este negocio.[3] Durante el siglo XVIII, las sucesivas guerras entre las monarquías europeas sirvieron para hacer conciencia del lugar que ocupaban sus tronos en el mapa geopolítico de dominación a lo largo y ancho de sus posesiones en Europa, América, África y Asia. Para los españoles el golpe más certero a su orgullo fue el resultado de la Guerra de los Siete Años, que evidenció su incapacidad defensiva ante el poderío inglés —que tomó La Habana y Manila en 1762—[4] y la forzada apertura de su comercio para sus

1 *Vid.* Pere Molas, *La burguesía mercantil en la España del antiguo régimen*, Madrid, Editorial Cátedra, 1985, 260 pp.; Richard Herr, *Política española y comercio colonial, 1700-1789*, Barcelona, Editorial Ariel, 1999, 353 pp.; Manuel Miño Grijalva, *El mundo novohispano: población, ciudades y economía: siglos XVII y XVIII*, México, Fondo de Cultura Económica (FCE), 2001, p. 303.

2 Marcello Carmagnani, Alicia Hernández Chávez y Ruggiero Romano, *Para una historia de América. Los nudos (1)*, México, FCE, 2016, p. 215.

3 Brian Hammnet, *Historia de México* (trad. Carmen Martínez Gimeno), Madrid, Cambridge University Press, 2001, p. 99.

4 Josep M. Fradera, *Filipinas, la colonia más peculiar. La hacienda pública en la definición de la política colonial, 1762-1868*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1999, pp. 71 y ss.

Frey Antonio María de Bucareli y Ursúa,
Museo Nacional de Historia, INAH, México.

vencedores, mediante la sesión de mercados que antes eran monopolio, como la esclavitud y los productos suntuarios. En las guerras registradas, cabe señalar, todos perdían, menos Inglaterra, que ganaba mucho y ganaba bien.

A principios del siglo XIX, la América española sentía, por primera vez, las consecuencias de varias revoluciones que cimbraron Occidente. Nueva España vio con simpatía, e incluso ayudó en muchos sentidos, a la rebelión de los colonos americanos en 1776, pues el virrey Antonio María de Bucareli no objetó ni obstaculizó las maniobras americanas contra los ingleses en aguas de su jurisdicción; recibió con una mezcla de espanto y admiración la Revolución francesa de 1789, de la cual esperaba con ansias las noticias que sólo abonaban al ambiente enrarecido y de sospecha entre los mismos novohispanos. Asimismo, le sorprendió la revuelta de los esclavos en Haití, encabezada por Toussaint Louverture en 1794, acontecimiento que impactó en Europa e incluso movió a filósofos de la envergadura de Immanuel Kant o Georg Friedrich Hegel, fervientes entusiastas de las causas libertarias en ambos hemisferios, a seguir con atención el desarrollo de todos estos acontecimientos.[5] Ya en el siglo XIX, la invasión napoleónica de 1808 originó un clima efervescente que trastornó este lado del mundo.

Las gestas libertarias hispanoamericanas fueron, inicialmente, la defensa del catolicismo frente a los sacrilegios franceses de la Revolución, la restitución del derecho real Borbón al trono de España y, en consecuencia, la vuelta de la soberanía del pueblo (usurpada por los Bonaparte), a los respectivos ayuntamientos de los reinos. A esto se debe que

[5] José Luis Villacañas, *Kant y la época de las revoluciones*, Madrid, Akal, 1999, p. 5.

Miguel Hidalgo y Costilla, Museo Nacional de Historia,
Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), México.

el grito de Miguel Hidalgo ensalzara a la Virgen de Guadalupe, encumbrara a Fernando VII como rey legítimo y deseara la muerte de los gachupines —colaboracionistas— que hundieron a la monarquía en el atolladero en el que se hallaba. En el Sur, la situación no fue distinta, aunque con elementos endémicos que perfilaron de manera particular sus procesos emancipadores. La supervivencia de los caudillos, como Simón Bolívar, ofreció una dirección constante y la concentración de una ideología definida en torno a la figura de este personaje, que independizó a varias regiones de América del Sur. En cambio, Nueva España o América Septentrional, dispersó la lucha a lo largo del tiempo y tuvo, simultáneamente, varios caudillos que fueron vencidos y ejecutados. No había ideas claras en términos de los caminos a seguir para consolidar la independencia, y al final los bandos enemigos se aliaron por intereses comunes, aunque con diferencias importantes entre sí respecto al proyecto de nación que impulsaron desde sus filas.

En este proceso hubo atractivos intentos de contactos con el exterior, que bien podrían figurar en los "antecedentes diplomáticos", antes de que México y las demás naciones se convirtieran en Estados independientes. Miguel Hidalgo, al final de su efímera lucha, pretendió enviar una comisión a Estados Unidos de América con la idea de obtener apoyo y reconocimiento de ese Gobierno, misión que terminó en estrepitoso fracaso debido a la aprehensión y el fusilamiento de Hidalgo en Chihuahua en 1811.[6] José María Morelos,

[6] Marcela Terrazas, "¿Aliados de la insurgencia? La temprana colaboración norteamericana en la independencia de México", en Alicia Mayer (coord.), *México en tres momentos: 1810-1910-2010. Hacia la conmemoración del Bicentenario de la Independencia y el Centenario de la Revolución Mexicana. Retos y perspecti-*

por su parte, formó su misión con las mismas intenciones, pero decidió que la dirección "diplomática" fuera otra. A mediados de 1813, cuando dominaba toda la Tierra Caliente aprehendió a fray Pedro Ramírez, un religioso adicto al bando realista con el cual, sin embargo, logró algún entendimiento. Después de conocerse y convivir en las campañas, el religioso fue liberado e interrogado por las autoridades virreinales a las cuales reveló, en un informe fechado el 11 de noviembre de ese año, que Morelos tenía la intención de enviarlo al Sur, preferentemente a Lima y Guayaquil, para entrevistarse con los independentistas criollos. Ramírez se negó categóricamente, pues además de ser leal al virreinato era hijo de un

> padre que sosegó en el Perú la rebelión de José Gabriel Tupac Amaru, que se vio en el mejor acierto de las providencias a salir a la campaña [...] [y] apenas volvió la espada cuando levantó el grito Arequipa, tuvo que regresar vencido ya casi el camino y derramar mucha sangre culpada mezclada por la inocente.[7]

Lo relevante de este episodio, en primer lugar, es la negación de un fraile realista que estuvo a punto de ser envia-

vas, vol. II, México, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM)-Instituto de Investigaciones Históricas, 2007, pp. 107-118.

7 "Informe de fray Pedro Ramírez sobre las conversaciones con Morelos y otros jefes independientes y de lo ocurrido en su marcha de Acapulco a México", Documento número 175, en J. E. Hernández y Dávalos, *Colección de documentos para la historia de la guerra de independencia de México de 1808 a 1821*, t. VI, versión digital coordinada por Alfredo Ávila y Virginia Guedea, disponible en: *http://www.pim.unam.mx/catalogos/hyd/HYDVI/HYDVI0175.pdf*

Xavier Mina, Mediateca, INAH.

do a la América meridional para conversar con los rebeldes quiteños y guayaquileños; por otro lado, y quizá lo más interesante, es la proyección de Morelos de establecer proximidades con individuos cuyas contiendas él admiró y con las cuales consideró necesario vincularse en aras de una ulterior amistad que redituara, en términos de legitimidad, a los futuros Estados que idealmente gobernarían una vez independizados.

La historiografía diplomática ha registrado otras misiones con resultados dispares en términos de su trascendencia, pero sería ocioso narrarlas por estar fuera del objeto de este ensayo. Basta con mencionar que estos intentos no fueron unidireccionales. Desde Europa también hubo proyectos de

enlazar a los insurgentes con grupos ideológicamente afines que estarían dispuestos a ayudar a los americanos para debilitar a España, obtener beneficios comerciales y emprender negocios sin encontrar obstáculos en un mercado deliberadamente cerrado durante siglos por las autoridades reales. Muestra de ello son las profusas campañas de Servando Teresa de Mier, viajero y polemista incansable, cuya heterodoxia le sirvió mucho en sus gestiones londinenses, después de las cuales zarpó hacia Nueva España en compañía de Xavier Mina, quien fuera derrotado en 1817 por las fuerzas del virrey Juan José Ruiz de Apodaca.

Los estudios publicados sobre esa época manifiestan que todos los próceres de las independencias establecieron como puntos cardinales de sus campañas la construcción de una política exterior y la promoción de sus ideas en las regiones que luchaban por el mismo motivo. El auxilio de otros se veía indispensable para consumar sus fines, en tanto la unidad de esfuerzos sería promotora de una visión cohesionada de su causa que luego sería traducida en futuras alianzas confederadas, ayuda económica, asistencia militar y reconocimiento político ante Europa y Estados Unidos. Desde 1813, Tadeo Ortiz de Ayala quiso difundir el pensamiento y acciones de Morelos, pero fracasó en su intento.[8] En 1816, su noción de mutuo asistencialismo fue decididamente propagada por él a través de un viaje con carácter "diplomático" que lo llevó a Caracas, Cundinamarca, Lima, Quito, Guayaquil, Santiago y Buenos Aires. En esta última ciudad se reunió con afines al movimiento insurreccional para dar a

[8] Simón Tadeo Ortiz de Ayala, *Resumen de la estadística del imperio mexicano, 1822*, Estudio preliminar, revisión de texto, notas y anexos de Tarsicio García Díaz, México, UNAM, 1991, p. XI.

conocer los postulados de Ignacio López Rayón y la exigencia histórica de unir a las dos Américas; lamentablemente, sus aspiraciones se quedaron en ese concepto y no obtuvo más que muestras de simpatía sin efectos políticos. Regresó a Nueva España en 1819 con las manos vacías.

Sin embargo, los esfuerzos rindieron sus frutos. En 1818 se independizó Chile y al año siguiente se creó la Gran Colombia, a la cual se anexaron Quito y Guayaquil en 1822 para formar el Distrito Sur de ese país.[9] En 1821 se declararon las independencias de Perú[10] y del Imperio Mexicano; tres años después, se creó Bolivia, con partes de los virreinatos peruano y rioplatense.[11] Así, para 1825 estaba formada prácticamente la totalidad de los Estados hispanoamericanos que, con el paso de los tiempos, modificaron sus fronteras y dieron lugar a otros países o regiones de países existentes.[12] En este sentido, llama mucho la atención las formas que ensayaron los nacientes países que venían de un modelo político tutelar y vertical al cual enfrentaron con uno más horizontal y democrático. México se convirtió, en 1822, en imperio, lo cual era natural: no conocían otra cosa más que coronas, tronos, reyes, cortes, es decir, una estruc-

9 Cristián Gazmuri, *La historiografía chilena (1842-1970)*, t. I, Santiago de Chile, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2006, pp. 85-89.

10 Benjamín Vicuña Mackenna, *La revolución de la independencia del Perú desde 1809 a 1819. Introducción histórica que comenzó a publicarse en* El Comercio *de Lima en forma de artículos críticos, con el título de Lord Cochrane y San Martín*, Lima, Imprenta del Comercio por J. M. Manterola, 1860, p. 3.

11 Manuel José Cortés, *Ensayo sobre la historia de Bolivia*, Sucre, Imprenta de Beeche, 1861, p. 13.

12 Joseph Dager Alva, *Historiografía y nación en el Perú del siglo XIX*, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 2009, p. 18.

tura monolítica y tres veces secular de cuya dinámica no era sencillo salir ni combatir.

La idea de hacer de América un semillero de monarquías no fue del agrado de aquellos hispanoamericanos más fervientemente devotos de la democracia y el republicanismo.[13] Condenaron este paradigma político europeo que veían peligroso imitar, sobre todo, a raíz del ejemplo mexicano. Bolívar, en su correspondencia, advierte lo riesgoso que sería replicarlo en el Sur, donde ya tenían un motivo grande de preocupación. Allá, Brasil permanecía como un ente aparte cuya historia se remitía de inmediato a las cesiones territoriales que los Braganza hicieron entre ellos como parte de su patrimonio real.[14] Su independencia, cabe señalar, se dio como resultado de una contingencia (la invasión napoleónica a Portugal en 1807), una diversificación al interior de un imperio (Juan VI lo declaró Reino Unido con Portugal en 1815, cuando su corte se hallaba en Río de Janeiro) y finalmente la "herencia" de un padre a un hijo (Juan VI regresa a Portugal en 1820[15] y Pedro I se convierte en emperador de Brasil desde 1822 hasta 1834).[16] Aunque no participaron del entusiasmo ni en los procesos históricos de la parte española del continente, nunca dejaron de verlo

13 Ricardo Montaner Bello, *Historia diplomática de la independencia de Chile*, Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello, 1961, pp. 40 y ss.

14 "La independencia y vida política y social del Brasil", en *Historia general de América*, Caracas, Universidad Simón Bolívar, 1999, p. 185.

15 Joaquín Andrés y Alcalde, *Manual estadístico, histórico, político, genealógico y astronómico o Vista estadística del mundo y compendio general de noticias,* Madrid, Oficina de Moreno, 1831, p. 51.

16 *Gaceta del Gobierno de México*, t. XII, núm. 128, sábado 22 de septiembre de 1821, p. 989.

con recelo por su monarquismo, que conjuntaba, bajo un mismo manto, dos ramas de las coronas europeas más prominentes: los Habsburgo y los Borbón.[17]

Por esas razones, algunos hispanoamericanos veían en el modelo monárquico algo que no debía tolerarse, aunque una gran parte de las sociedades recién independizadas consideraban positivo "conservar" lo que trescientos años de vasallaje español les heredó.[18] Esos conservadores, nominados en distintos bandos a lo largo del siglo XIX, combatieron a sus contrapartes hasta los límites de guerras fratricidas que aprovecharon otras potencias para sacar ganancia de río revuelto. Hacia 1822, Agustín de Iturbide, encontró en México esta oposición venida de los antiguos caudillos supervivientes, así como de los defensores que no eran precisamente "mexicanos"; después de todo, por ejemplo, el Imperio Mexicano y Perú tenían "ciudadanías" recíprocas y podían opinar de los respectivos asuntos domésticos.[19] Uno de ellos fue Vicente Rocafuerte, hoy considerado uno de los máximos próceres ecuatorianos, quien combatió a Iturbide, defendió el republicanismo, hizo servicios importantes para el Gobierno mexicano y se convirtió en presidente de Ecuador en el año de 1834.

[17] Jaime Cortesao y Pedro Calmón, *Brasil*, Barcelona, Salvat Editores, 1956, pp. 601-604.

[18] Joao Paulo G. Pimenta, *Brasil y las independencias de Hispanoamérica*, Barcelona, Universitat Jaume I, 2007, p. 126.

[19] Rubén Ruiz Guerra, *Más allá de la diplomacia: relaciones de México con Bolivia, Ecuador y Perú, 1821-1994,* México, Secretaría de Relaciones Exteriores (SRE)-Dirección General del Acervo Histórico Diplomático (DGAHD), 2007, p. 83.

Theatrum político hispanoamericano
El México y el Ecuador de Rocafuerte

Hay que insistir en el tema: a México y a Ecuador los unen historia y personajes. Hasta este punto se puede afirmar que, en propiedad, los contactos entre estas repúblicas se ubican en los respectivos inicios de sus vidas independientes. La revisión sucinta, arriba referenciada, de los encuentros entre novohispanos (norteamericanos, en general) y sureños (peruanos y guayaquileños, en particular), señala más coincidencias que diferencias,[20] ya por las mismas luchas, ya por la visión similar sobre los destinos de sus países durante el siglo XIX, ya por sus culturas de increíbles semejanzas desde tiempos inmemoriales, advertidas en paralelismos que van desde las herencias milenarias del reino de Quito y las culturas mesoamericanas, hasta las antiguas narraciones llenas de imaginación que ponen en paridad los fatídicos amores entre Tungurahua y Chimborazo, e Iztaccíhuatl y Popocatépetl.[21]

[20] Un esfuerzo que ha de mencionarse es el de Felícitas López Portillo T. (coord.), *Bajo el manto del libertador. Colombia, Panamá y Venezuela, 1821-2000*, México, SRE-DGAHD, 2004, p. 9.

[21] Jorge Salvador Lara, *Breve historia contemporánea del Ecuador*, 2ª ed., México, FCE, 2002, p. 74.

General Juan José Flores, Presidente de la República del Ecuador, carta de visita, Mayer Brothers, Londres. Colección particular.

Aquí se percibe una misteriosa coincidencia de trágicos episodios en los que se involucraron propios y ajenos.[22] El nacimiento de ambos países se encuentra casi al tiempo en que los demás reinos españoles en América proclamaban su

[22] María Cecilia Zuleta, *Los extremos de Hispanoamérica. Relaciones, conflictos y armonías entre México y el Cono Sur*, México, SRE-DGAHD, 2008, p. 23.

desobediencia a las autoridades francesas usurpadoras del trono borbónico; su desarrollo es simultáneo, en una década posjuntista y de parlamentarismo gaditano, con héroes y antihéroes generadores de resultados ambivalentes que dudaron ante la disyuntiva política que les ofrecía su panorama nacional.[23] Aquí, Iturbide lo resolvió, de momento, al término de la independencia. Allá, unos años después y con poco más éxito, Juan José Flores.[24]

Entre Iturbide y Flores encontramos un crítico común: Vicente Rocafuerte, libertario, liberal, ortodoxo, enemigo del conservadurismo dogmático, poseedor de un gusto literario exquisito, cultivado entre lo mejor que encontró en Europa y un preciso juicio sobre su tiempo. Se ejercitó en las ideas más revolucionarias de su época y supo aplicar con admirable temple el producto de sus reflexiones políticas que, bien llevadas a la práctica, le suscitaron la admiración de unos y la animadversión de otros tantos.

Rocafuerte perteneció a esa generación de hombres multifacéticos, producto de las grandes coyunturas de la historia, oriundos de remotas regiones, visitadores de civilizaciones, viajeros natos que todo aprenden, todo absorben, todo interiorizan con el andar entre mundos. Con esas credenciales, lo mismo sirven con lealtad a sus países de origen como al interés general de todas las personas sin importar su condición, salvo el que señala su humanidad.

[23] Jaime E. Rodríguez, "El Reino de Quito", en Manuel Chust Calero (coord.), *1808. La eclosión juntera en el mundo hispano*, México, FCE/El Colegio de México, 2007, pp. 162-191.

[24] Gustavo Vásconez Hurtado, *El general Juan José Flores: la República, 1830-1845*, Quito, Banco Central del Ecuador/Centro de Investigación y Cultura, 1984, p. 280.

Vicente Rocafuerte descendió de una familia dueña de haciendas y recursos, muy conocida en Guayaquil, la ciudad puerto más importante de la Audiencia de Quito en el virreinato de la Nueva Granada, que incluía entonces a las populosas ciudades de Santa Fe de Bogotá, Panamá y Caracas.[25] Nació el 1 de mayo de 1783 y sólo permaneció diez años en su tierra natal. En 1793, su padre, Juan Antonio Rocafuerte, lo envió a estudiar a Granada, España, con el fin de que abrazara la carrera de las armas en el Colegio para Nobles Americanos. Tenía los recursos suficientes para sostenerlo allá durante varios años. De hecho, en Quito y Lima era bien conocido por las empresas exitosas que llevó a cabo, por ejemplo, cuando en 1788 ofreció a la Corona abrir doce pozos o manantiales de aceite de copé para el beneficio de las breas del real estanco de Lima, con un caudal inicial de 12 000 pesos a favor de la Real Hacienda.[26]

[25] Guayaquil fue favorecida en los últimos decenios de la época virreinal. Tuvo facilidades en el comercio, aranceles bajos y el fomento del cultivo y exportación del cacao, sobre todo a partir de 1774, cuando la Corona permitió el comercio legal entre los puertos de los virreinatos del Perú, Nueva Granada, Nueva España, Guatemala y, por supuesto, Europa. Tan sólo cuatro años después de la liberalización, en 1778, Guayaquil era considerada por las autoridades uno de los puertos de altura de mayor importancia en el imperio español. La familia de los Rocafuerte, en medio de esa bonanza económica, fue dueña de varias propiedades que se encargaban de ello, lo cual les dio una posición importante en el último cuarto del siglo XVIII y las primeras décadas del XIX. *Vid*. Carmen Dueñas S. de Anhalzer, *Marqueses, cacaoteros y vecinos de Portoviejo*, Quito, Universidad de San Francisco de Quito/Editorial Abya-Yala, 1997, pp. 104-105.

[26] María Luisa Laviana Cuetos, *Guayaquil en el siglo XVIII. Recursos naturales y desarrollo económico*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1987, p. 344.

Al joven Vicente Rocafuerte le duraría poco este deseo, y no precisamente por no costear su estancia, ya que a finales de 1800, se trasladó a París, donde continuó sus estudios en el colegio Saint-Germain-en-Laye, institución aristocrática, irónicamente fundada por Napoleón Bonaparte.[27] Entre 1801 y 1803, siendo estudiante, se desempeñó al lado de parientes y personajes[28] cercanos al futuro emperador.[29]

La impresión que recibió Rocafuerte de los colegios español y francés debió ser profunda, y el hecho de que haya optado por las letras y las humanidades nos indica mucho de su inclinación personal decididamente alejada de un estilo de vida castrense.[30] El viaje y la estancia francesa serían una oportunidad única en su vida para consolidar su pensamiento, que entraba en contacto con las corrientes revolucionarias francesas que siguieron al furor de los primeros adalides, inmolados en medio del terror de Robespierre, y las convenciones que dieron paso al Consulado liderado por un Napoleón, de carácter universalista y libertario.

27 Kent B. Mecum, *Vicente Rocafuerte: el prócer andante*, Quito, Banco Central del Ecuador, 1983, p. 21.

28 Se puede contar entre ellos a Jérôme Bonaparte (rey de Westfalia entre 1807 y 1813), Philippe Antoine d'Ornano (destacado mariscal durante el imperio y primo del emperador), Ange René Armand, barón de Mackau (pieza fundamental en la historia de la marina francesa durante toda la primera mitad del siglo XIX), Marc-Étienne-Gabriel de Beauvau-Craon, tercer príncipe de Beauvau y del Sacro Imperio (chambelán de Napoleón), entre otros menos conocidos.

29 Darío Lara, *La vitrina de un país sobre el mundo. Informes de los diplomáticos franceses del siglo XIX,* Quito, Ediciones Abya-Yala/Asociación de Funcionarios y Empleados del Servicio Exterior Ecuatoriano, 1997, p. 85.

30 C. Dueñas S. de Anhalzer, *op. cit.*, p. 128.

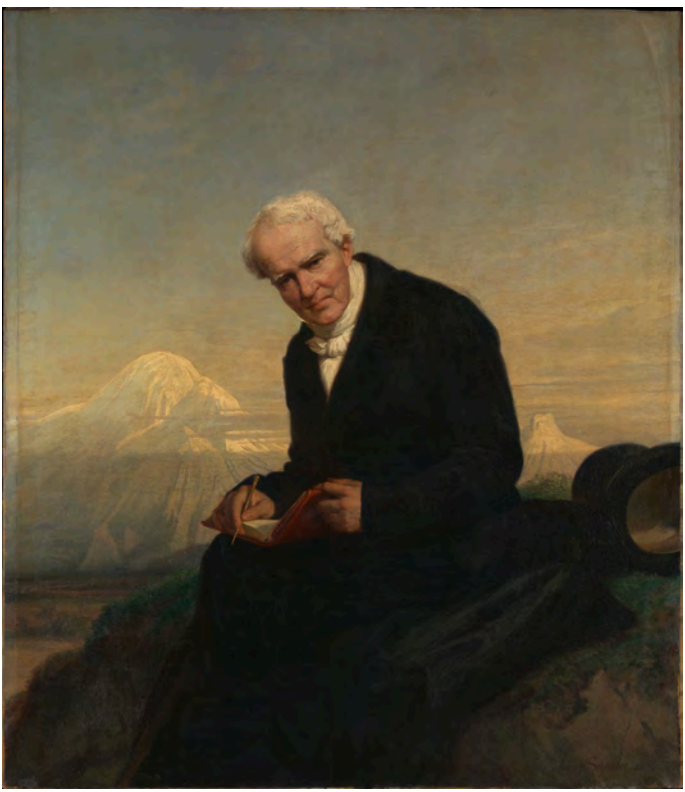
El joven rápidamente aprovechó sus relaciones y recomendaciones personales que venían desde Guayaquil, pero también el reconocimiento entre paisanos. Tal fue el caso de su fugaz amistad con Carlos de Montúfar, el Caudillo —hijo del anciano marqués de Selva Alegre—, que pasó a la historia ecuatoriana por ser uno de los próceres independentistas[31] más destacados.[32] En 1802, se unió a Alexander

Mapa de la ciudad de Lima, Library of Congress.

31 Mariano Torrente, *Historia de la Revolución Hispano Americana*, Madrid, Imprenta de León Amarita, 1829, pp. 401-405.

32 Leopoldo Benites Vinueza, *Ecuador: drama y paradoja*, Quito, Libresa, 1995, p. 155.

von Humboldt cuando se dirigía a Nueva España y lo acompañó hasta Burdeos, donde llegó toda la expedición en agosto de 1803.[33]



Alexander von Humboldt, Julius Schraderin,
The Metropolitan Museum of Art, New York.

[33] Ya instalados en París, Montúfar fue testigo de la revisión, el análisis y el compendio de toda la información y los materiales recolectados durante esos años de viaje, mismos que aparecieron en 13 volúmenes entre 1816 (año de la muerte de Montúfar) y 1831 bajo el título de *Viaje a las regiones equinocciales del nuevo continente*.

El sabio alemán también fue un viejo conocido de la familia Rocafuerte. En Quito, Humboldt se hospedó en una de las propiedades de los Rocafuerte, quienes le facilitaron toda clase de diligencias con las que recorrió aquella parte del virreinato neogranadino.[34] El encuentro de Humboldt y Rocafuerte en Europa no hizo más que rememorar aquellos servicios tan prácticos que le dejaron a Humboldt numerosos dividendos que vertió en sus obras.

La posterior partida de Humboldt hacia Berlín junto con su paisano, quizá por la relativa vecindad que resultó, aumentó las visitas de Rocafuerte a Aimé Bonpland, quien, asimismo, le abrió otras puertas en el medio parisino de aquellos años.[35]

En París, Rocafuerte conoció a otro viajero de la misma edad, pero más inquieto: Simón Bolívar, caraqueño, huérfano a corta edad y atravesado por los conocimientos de maestros como Simón Rodríguez y Andrés Bello. Bolívar tenía en su bagaje experiencias en la "opulenta" capital de Nueva España, donde presuntamente escandalizó al virrey Miguel José de Azanza con sus ideas políticas,[36] así como la impresión de la España decadente que visitó entre los años de 1800 y 1803. Vuelto a su patria y de regreso a

[34] Neptalí Zúñiga, *Diario inédito del viaje de Humboldt por la Provincia de Guayaquil*, Guayaquil, Universidad de Guayaquil, 1983, p. 9 y ss.

[35] Bonpland, explorador y geógrafo francés, acompañó a Humboldt en su aventura americana para admirar la majestad del Chimborazo y la voluptuosidad de la selva amazónica, episodios tan bien representados por los artistas Friedrich Georg Weitsch y Edward Ender en sus cuadros. Rocafuerte fue su amigo hasta que abandonó Europa.

[36] Carlos Pereyra, *La juventud legendaria de Bolívar*, Madrid, Editorial Aguilar, 1931, p. 122.

Napoleón Bonaparte, Jacques-Louis David,
National Gallery of Art, Washington, D. C.

Simón Bolívar, Cirilo Almeida Crespo.
Colección Secretaría de Educación Pública.

Europa, esta vez acompañado por su maestro Rodríguez, Bolívar asistió a la coronación de Napoleón y por aquellos días conoció a Vicente Rocafuerte, quien asistió al mismo evento.

El encuentro entre ambos, huelga decir, estuvo marcado por la cordialidad y el intercambio de ideas, pero no fructificaría mucho, ni siquiera pasados algunos años, cuando la lucha en América del Sur les indicara similares caminos. Bolívar regresó a América en 1806, y Vicente se quedó a consolidar sus relaciones personales, que le trajeron vínculos interesantes. Con la familia del emperador francés, Rocafuerte tuvo, como ya se apuntó, alguna relación provechosa; conoció a los sobrinos de Napoleón antes de que se convirtiera en monarca y acudió a los mismos clubes y tertulias que ellos en la capital. El vínculo Rocafuerte-Bonaparte llegó a ser tan estrecho que Vicente solía pasearse con ellos, ingresar a los más exclusivos palacios y tener referencia directa de las situaciones más personales de Napoleón.

Igualmente, Rocafuerte experimentó de cerca la cada vez más complicada relación de Francia y Europa, deteriorada por las invasiones discrecionales emprendidas bajo pretexto de alcanzar equilibrio geopolítico, castigar a los enemigos de Francia y defender los ideales revolucionarios que, para entonces, sólo eran un excelente recuerdo en las páginas de la historia inmediata.[37] Mientras tanto, Rocafuerte observaba

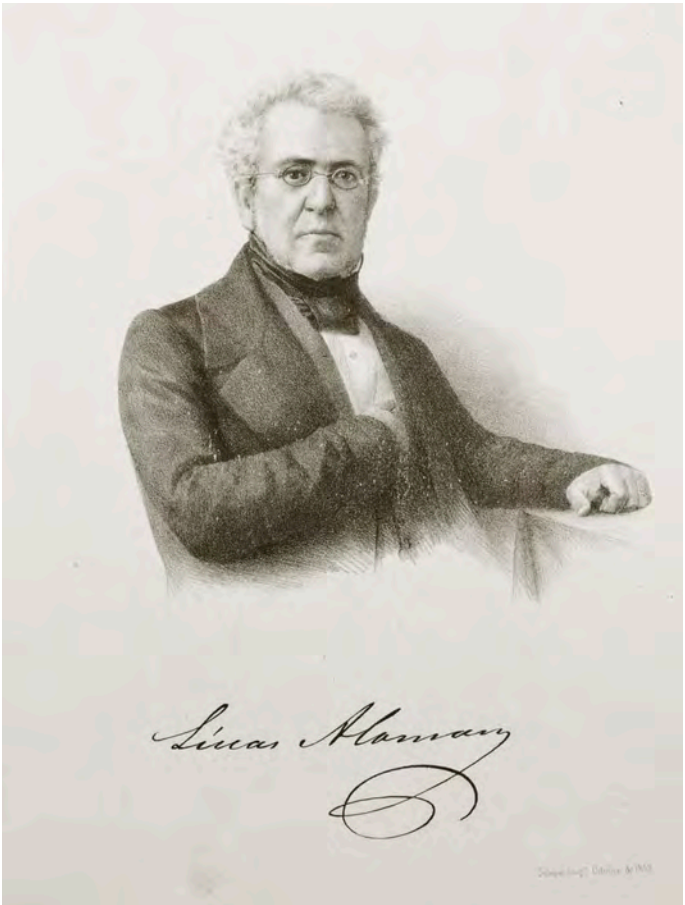
[37] Sólo el matrimonio entre Napoleón y María Luisa de Austria calmaría los ánimos de las cortes europeas. A partir de 1810, con una Europa parcialmente devastada por las guerras, pero con arreglo matrimonial, Francia y Austria firmaban una paz momentánea, hasta que Bonaparte decidió desencadenar la guerra contra Rusia. *Vid*. Andrew Roberts, *Napoleón. Una vida,* trad. Diego Pereda Sancho, Madrid, Ediciones Palabra, 2016, p. 500 y ss.

con atención el desarrollo de los acontecimientos. Bonaparte deseaba "corregir" los mapas y, de momento, hacer que la frontera francesa lindara con el Atlántico, más allá de los Pirineos, hasta Lisboa. En 1807, sin embargo, el guayaquileño regresó a su patria por inquietudes personales. Ya no le tocó ver cómo Francia ascendía a su elevación propiamente imperial en el continente, en cambio, presenció el enrarecimiento del entorno político por la sospecha eterna de enviados franceses a tierras americanas con objetivos perniciosos y entreguistas.[38]

De regreso a Guayaquil, en 1807, Rocafuerte se dedicó a actividades personales hasta que las circunstancias lo implicaron en la Revolución del 10 de agosto de 1809. Bien librado del proceso judicial, en 1810, se convirtió en alcalde de Guayaquil, de cuyo Gobierno se guarda digna memoria. Dos años después, fue electo diputado a las Cortes de Cádiz, pero no participó en ellas por haber llegado cuando ya habían sido disueltas. A partir de entonces se dedicó a visitar a sus viejos amigos en Francia y ampliar sus conocimientos a través de viajes que emprendió por el continente europeo, llegando a visitar la capital de Rusia, luego de que fuera

[38] En México hay un ejemplo claro. El licenciado Ignacio Borunda y Borunda, en la década de 1790, encendió la alarma entre las autoridades novohispanas a causa de haber supuestamente identificado a un presunto comité revolucionario francés que actuaba como agente infiltrado en la sociedad capitalina. El embrollo implicó tal grado de paranoia y sospecha, que terminaron por aprehender a unos súbditos galos cuyo oficio era solamente el de peluqueros, panaderos y pasteleros. *Vid.* Gabriel Torres Puga, "Centinela mexicano contra francmasones: un enredo detectivesco del licenciado Borunda en las causas judiciales contra franceses de 1794", en *Estudios de Historia Novohispana*, núm. 33, julio-diciembre de 2005, pp. 57-94.

Fernando VII, Rey de España, Vicente López,
Museo del Prado.



Lucas Alamán, Ministro de Asuntos Exteriores de México,
Manuel Rivera Cambas, Los Gobernantes de México, 1875.

atacada por las tropas francesas, a las cuales seguía de cerca por el puro deleite de quien goza admirando de lejos las maniobras militares. Restaurada la monarquía borbónica en España, regresó para ver la instalación de las Cortes en Madrid, donde se negó a rendir pleitesía a Fernando VII en el besamanos. Fue perseguido por las autoridades españolas y huyó nuevamente al interior del continente. Tardó dos años en regresar a Guayaquil y de ahí pasó al norte de América.

Entre 1819 y 1822, Vicente Rocafuerte viajó a Estados Unidos y México, de este último reprochó su transformación en imperio.[39] Desde Filadelfia escribió una obra que tituló *Bosquejo ligerísimo de la revolución de Mégico, desde el grito de Iguala hasta la proclamación imperial de Iturbide*. Como se puede sospechar, la figura del realista michoacano fue criticada hasta el exceso por su "conveniente" entronización, de la cual auguraba todo menos buenas cosas. Sólo en el índice, por ofrecer un dato curioso, el nombre del emperador es mencionado más de una treintena de ocasiones para acaso señalar la desproporción insana que su figura usurpó en lugar de una donde el sistema republicano rigiera. Cuando cayó la primera monarquía mexicana y el republicanismo se restauró, Rocafuerte viajó a México con la esperanza de

[39] Aunque fue breve, el imperio de Iturbide intercambió reconocimientos con Perú, Colombia y Chile; obtuvo, además, el reconocimiento de Estados Unidos. Sin embargo, por haber seguido el ejemplo de Napoleón Bonaparte, Europa consideró ilegítimo al imperio y no le otorgó ninguna clase de reconocimiento. Sólo Inglaterra aceptó tratos con México a través de Arthur Well y Francisco Borja Migoni, quienes gestionaron asuntos políticos y préstamos de dinero. La SRE publicó, hace ya más de un siglo, un buen compendio de estos esfuerzos. *Vid. La diplomacia mexicana*, México, SRE, 1910, vol. I, pp. 137-140; vol. II, 347-349 y ss.

que esta reivindicación fuera el primer paso de una integración hispanoamericana sin ese elemento dañoso.

Rocafuerte encontró fundadas sus esperanzas cuando arribó a la Ciudad de México. En aquella época se preciaba como una capital cosmopolita y esplendorosa. El fulgor de sus palacios, conventos y edificios nobiliarios impactó de una manera positiva en Rocafuerte. Trató a los personajes más notables que le introdujeron en la vida política nacional. Conoció, ya electo presidente, al general Guadalupe Victoria, quien vio en su experiencia y largos viajes europeos una extraordinaria oportunidad de ponerlo a las órdenes del Servicio Exterior Mexicano. Así lo hizo y fue incorporado a la legación mexicana en Gran Bretaña. No era para menos, pues hasta Lucas Alamán lo elogió en su oportunidad. El país entraba en una delicada situación, complicada por la separación de Centroamérica de México, el potencial regreso de Iturbide, la tentación estadounidense de reclamar Texas como parte de Luisiana, las intenciones territoriales de Rusia sobre California y la Santa Alianza en Europa contra la independencia de los virreinatos americanos.

Escenario diplomático europeo
Rocafuerte, ministro de México en Gran Bretaña

El reconocimiento diplomático de una potencia como Inglaterra era necesario. Más que necesario, vital. Diez años antes, Estados Unidos envió a dos agentes diplomáticos[40] a Nueva España como parte de su estrategia para analizar su actuación con miras a un potencial ensanchamiento de su territorio, a costa de los dominios españoles.[41]

40 William Shaler (1810-1812) y John H. Robinson (1812-1814).

41 Existen muchos antecedentes que pueden remontarse hacia el último decenio del siglo XVIII. Sin embargo, resulta de interés saber que durante la corta estancia de Humboldt en Estados Unidos, entre mayo y junio de 1804, Thomas Jefferson pidió "prestados" al explorador los mapas que había levantado sobre el territorio de Nueva España. Una vez en su poder, nunca se los devolvió. En 1806 el Gobierno estadounidense envió una expedición a cargo del general Zebulon Montgomery Pike con la intención de explorar el recién adquirido territorio de la Luisiana vendido por Napoleón dos años antes, pero el militar rebasó la frontera y llegó hasta el septentrión novohispano. Ahí fue capturado y encarcelado en Chihuahua hasta su repatriación poco tiempo después. Pike obtuvo muchos datos útiles que abonaban a esta "voraz" intención y sus conocimientos serían retomados treinta años después cuando los estadounidenses influyeron en la independencia de Texas. Pasados cincuenta años, Humboldt se lamentaba amargamente del hecho de haberle dado los mapas a Jefferson.

Inglaterra, respetuosa de sus socios continentales, no deseaba otorgar reconocimiento alguno a gobiernos inestables amenazados constantemente por caudillos. Es por eso que la misión de Rocafuerte tuvo tres objetivos principales: formalmente, ser el ministro plenipotenciario ante Dinamarca y el Reino de Hanover; residir en Londres para gestionar lo conducente al reconocimiento de la independencia de México y vincularse desde ahí con las demás naciones hispanoamericanas, y negociar toda clase de ventajas para el comercio mexicano, incluyendo un préstamo para el Gobierno nacional.

El nombramiento de Rocafuerte, sin embargo, generó opiniones encontradas en la Cámara de Diputados. En marzo de 1824, a este respecto Florentino Martínez opinó que los miembros de la legación londinense debían ser mexicanos de nacimiento. Por su parte, Servando Teresa de Mier juzgó que "el colombiano[42] honradísimo, rico, propietario, ilustrado y benemérito de la América entera" no obstante de no hablar inglés, hablaba perfectamente el francés, y que en todo caso reunía todos los requisitos exigidos incluso para un ministro plenipotenciario, por lo que él no hallaba ninguna objeción. Manuel Crescencio Rejón resolvió la dificultad proponiendo que, si tal era el caso, lo más conveniente era darle la ciudadanía mexicana. El mismo diputado Martínez fue más lejos, propuso que el Legislativo se la diera también a Bolívar, tal y como lo hizo Guatemala tiempo atrás. Una larga discusión terminó en la naturalización de tres individuos: el *Libertador*, José Moreno Guerra y Vicente Roca-

[42] Las fuentes siempre le atribuyen las nacionalidades colombiana, peruana e incluso venezolana.

Tratado de Amistad, Comercio y Navegación entre México y Dinamarca, 1827, Acervo Histórico Diplomático, Secretaría de Relaciones Exteriores.

fuerte, que aceptó el cargo por un periodo breve, pues "iba a salir para Guayaquil", pero consintió en su nombramiento "por el deseo de servir a la causa de México, con tal que no pasase más de dos años por el trastorno que se le seguiría en el giro de sus intereses".[43] José Mariano Michelena,[44] que ya se ocupaba de estos asuntos desde hacía poco junto a Manuel Eduardo Gorostiza,[45] recibiría su apoyo determinante "en la inspección que le tocaba en su misión sobre la Europa entera".[46] En la siguiente sesión del Congreso, el orden del día mencionó el caso de Rocafuerte como miembro de la legación en Londres, asistido por Moreno Guerra, la cual se aprobó sin discusión.[47] Luego entonces, el guayaquileño se dirigió con Tomás Murphy, como traductor, a la isla británica para apoyar a Michelena en todos los asuntos donde se requirieran sus conocimientos.[48]

La estancia de Rocafuerte en Londres se vio favorecida por un acontecimiento: el temor de Inglaterra de reconocer la independencia de México estaba latente, mientras Agus-

43 *El Águila Mexicana*, núm. 339, jueves 18 de marzo de 1824, pp. 2-3.

44 En un principio, el designado como ministro plenipotenciario fue Pablo de la Llave, quien declinó tal nombramiento. En su lugar fue Michelena para conseguir el reconocimiento a la total independencia, no sólo de México, sino también las de América del Sur desde Guatemala hasta Cabo de Hornos.

45 Jaime E. Rodríguez, *Estudios sobre Vicente Rocafuerte*, Guayaquil [Ecuador], Archivo Histórico del Guayas, 1975, pp. 369-370.

46 *Idem*.

47 *El Águila Mexicana*, núm. 345, miércoles 24 de marzo de 1824, p. 2.

48 Fernando Alanís Enciso, "Los extranjeros en México, la inmigración y el gobierno: ¿tolerancia o intolerancia religiosa?, 1821-1830", en *Historia Mexicana*, núm. XLV, 1996, p. 542.

tín de Iturbide viviera.[49] De modo que, con su fusilamiento, en julio de 1824, el ministro de Asuntos Exteriores George Canning obtuvo las garantías de un "Gobierno estable", con el cual los intereses británicos estarían a salvo. Cabe señalar que el primer ministro Robert Jenkinson fue muy favorable a la libertad de la América española, para la cual gestionó su respaldo con la firma de tratados de amistad y comercio.[50] La Santa Alianza (formada por Austria, Rusia y Prusia), a pesar de prometer la defensa de las monarquías asociadas, no se opuso a la política exterior inglesa por considerar que no tenía la fuerza suficiente para desafiarla en el mar, de modo que sólo apoyó a España[51] en sus asuntos al interior de la Europa continental.[52] Después de las Provincias Unidas del Río de la Plata, le siguieron acuerdos con la Gran Colombia, el Imperio del Brasil y, por supuesto, México.

Vicente Rocafuerte, a pesar de su larga experiencia en salones y cotilleos de palacio, se vio dificultado en sus tareas diplomáticas por factores internos y externos. A principios

49 *Ocios de españoles emigrados*. *Periódico mensual*, t. I, Londres, Imprenta de A. Macintosh, 1824, pp. 259-269.

50 El primer país que celebró un "Tratado de amistad, comercio y navegación" con Inglaterra fueron las Provincias Unidas del Río de la Plata, firmado en enero de 1825 y ratificado el 19 de febrero por Londres y el 10 de mayo por Buenos Aires. Con ello se abría la posibilidad de que otros países enviaran sus legaciones y celebraran acuerdos bilaterales con intenciones políticas y comerciales.

51 André Pons, *Blanco White y España*, Madrid, Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII, 2002, p. 205.

52 Carlos A. Villanueva, *La monarquía en América. La Santa Alianza,* vol. 3, París, Librería de Paul Ollendorf, 1912, p. 106.

de 1824, Francisco Borja Migoni[53] fue comisionado por el Gobierno mexicano para gestionar préstamos para el país. Al parecer, lo que revelan los documentos es que su labor como intermediario distó de ser leal, ya que lo único que consiguió fueron deudas onerosas donde él sacó la mayor parte de las ganancias a cuenta de México.[54] Por otro lado, a finales de aquel año, el ministro Canning expresó que no quería adquirir problemas con España dando el reconocimiento a México, por lo que recomendó a los ministros plenipotenciarios ofrecer una indemnización a la metrópoli a cambio de que reconociera su soberanía.[55] Este punto fue inadmisible; tanto Michelena como Rocafuerte[56] se limitaron a seguir gestionando a favor de un tratado con Gran Bretaña sin considerar esta sugerencia.[57]

Sobre este particular, el ministerio pugnaba por una serie de condiciones que, vistas a la distancia, parecían ser razonables en términos de lo que México pedía. Más allá de libertades, ventajas y privilegios para los comerciantes

[53] José María Luis Mora, *Obras sueltas*, París, Librería de Rosa, 1837, p. 437.

[54] Lucas Alamán, *Liquidación general de la deuda esterior de la república mexicana hasta el fin de diciembre de 1841. Precedida de la relación histórica de los préstamos de que precede y de las diversas modificaciones que han tenido hasta la formación del fondo consolidado, con un resumen de todos los puntos que han quedado pendientes y requieren resolución del Supremo Gobierno*, México, Imprenta de Ignacio Cumplido, 1845, p. 4.

[55] *La diplomacia mexicana*, vol. III, México, SRE, 1910, pp. 211-212.

[56] Jaime Rodríguez, *The Emergence of Spanish America. Vicente Rocafuerte and Spanish Americanism, 1808-1932*, Berkeley, University California Press, 1975, pp. 91-128.

[57] Salvador Méndez Reyes, *El hispanoamericanismo de Lucas Alamán (1823-1853)*, México, Universidad Autónoma del Estado de México, 1996, p. 133.

ingleses que desearan mercar con el país, interesaba mucho a las autoridades inglesas determinar si se iba a respetar la diferencia de credo de los súbditos británicos y garantizar a los ingleses que murieran en suelo nacional el derecho a ser enterrados según sus costumbres. Este factor trabó las negociaciones de Rocafuerte porque la Constitución mexicana, promulgada en octubre de 1824, planteaba en su artículo tercero que la religión católica era la única y prohibía el ejercicio de cualquier otra. Un acontecimiento impulsó otra vez las pláticas. La victoria de Bolívar en Ayacucho movió al Gobierno inglés a reconocer la independencia de Colombia, Argentina y México.[58] La crisis diplomática europea se ve-

Francisco de Borja Migoni, Colección particular.

[58] Carlos A. Villanueva, *Fernando VII y los nuevos Estados*, París, Librería Paul Ollendorff, 1911, pp. 201-207.

rificó cuando las demás cortes se enteraron de la decisión, signada el 30 de diciembre de 1824 para nuestro país.[59]

Rocafuerte se encaminó a México y llegó a la capital el 10 de marzo de 1825 con la noticia. Para festejar la buena nueva, el Ayuntamiento de la Ciudad mandó celebrar durante tres días consecutivos en las calles y plazas capitalinas. Las conversaciones del ecuatoriano con el presidente Guadalupe Victoria dieron como resultado la planeación de un acuerdo comercial oficial que se proyectaba difícil por la complicación de la diplomacia europea y el latente peligro de una agresión externa para acabar con la de por sí precaria existencia ante otras naciones.[60] Con instrucciones precisas, zarpó nuevamente hacia Europa con el fin de cerrar el acuerdo que con tanta urgencia demandaba México. Allá, Rocafuerte se encontró con la mala impresión de los británicos acerca de la dimensión que los mexicanos se arrogaban en miras del establecimiento de un tratado en donde, primeramente, no garantizaban con propiedad la primacía de Gran Bretaña sobre otras naciones, especialmente con Hispanoamérica.[61]

Por otro lado, la negativa mexicana a concretar el tratado tenía su origen en un par de palabras. En diplomacia, la for-

59 Delia Hidalgo, *Representantes de México en Gran Bretaña*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1981, p. 13.

60 Por aquella época se sospechaba que la Santa Alianza estaba enviando miles de hombres hacia Cuba para invadir América y devolver a España su antigua potestad sobre ella. Todo el rumor tenía algo de cierto: había un destacamento de soldados europeos en Santo Domingo, pero ni lejanamente pasarían a tierra firme.

61 Josefina Zoraida Vázquez, *México y el mundo. Historia de sus relaciones exteriores*, t. II, México, El Colegio de México/Senado de la República, 1990, p. 45.

ma es fondo, de modo que la atención en la forma como los ingleses se referían a México era fundamental. Los párrafos se referían a la nación como el Estado de México, lo cual desde la perspectiva nacional era impreciso y hasta incorrecto. La generalidad del término, deliberadamente puesto así por los ingleses, debido a la inestabilidad del régimen, salvaba a la contraparte europea de seguir con los tratos políticos y comerciales aun cuando México adoptara cualquier otra forma de Gobierno. Los mexicanos no aceptaban esta abstracción, porque alegaban que, en caso de firmarse, los ingleses estarían suscribiendo acuerdos con una sola entidad de la federación y no con el país entero.

Lo mismo ocurría entre *recognition* y *acknowledgment*. Una cosa era "reconocer" la independencia y otra muy distinta "aceptarla" o "admitirla". La fuerza jurídica de estas palabras era desigual, sobre todo por la profunda significación en términos del respaldo que México deseaba obtener.[62] Al solo admitirla, los ingleses jugaban inteligentemente en el tablero diplomático si los españoles o la Santa Alianza eventualmente reconvenían con vigor dicha acción política. Sea como fuere, Rocafuerte logró entrevistarse varias veces más con el ministro Canning, quien aceptó las proposiciones mexicanas y firmó el tratado el 26 de diciembre de 1826.[63] Rocafuerte, como lo hizo un año antes, trajo la noticia y llegó a la capital el 27 de febrero de 1827 para presenciar su ratificación el 2 de abril siguiente en México y a finales de agosto en Londres.

[62] *La diplomacia mexicana*..., vol. I, pp. 468-470.

[63] Lorenzo de Zavala, *Ensayo histórico de las revoluciones de México, desde 1808 hasta 1830*, t. 1, México, Imprenta a cargo de Manuel N. de la Vega, 1845, pp. 239-246.

Su estancia londinense se prolongó hasta 1829 y rebasó las iniciales intenciones de gestionar los referidos asuntos para el gobierno mexicano. En gran medida, la incertidumbre generada por el levantamiento de Vicente Guerrero contra las elecciones que favorecieron a Manuel Gómez Pedraza provocó la idea en Rocafuerte de quedarse allá mientras el país recuperaba la paz.[64] En tanto, trabajó intensamente en la observación cuidadosa del sistema que imperaba entre los ingleses, particularmente en sus creencias y valores con

Manuel Gómez Pedraza, Museo Nacional de Historia, INAH.

64 Josefina Zoraida Vázquez, "Contexto nacional del primer federalismo mexicano", en Josefina Zoraida Vázquez y José Antonio Serrano Ortega (coords.), *Práctica y fracaso del primer federalismo mexicano (1824-1835)*, México, El Colegio de México, 2012, p. 50.

los cuales construyeron su sociedad a partir de la reforma anglicana en el siglo XVI. Desde su llegada, leyó todo lo disponible sobre las transformaciones que Inglaterra experimentó en los siglos pasados relativas a la revolución del siglo XVII y las propuestas de los pensadores del XVIII respecto a la economía, la expansión comercial inglesa y los moralistas cuyos ensayos inundaron el continente a lo largo de la centuria. Además, se relacionó con sociedades bíblicas anglicanas, escuelas lancasterianas y hasta visitó prisiones para examinar su funcionamiento. Entre todos los grupos con los cuales contactó, los cuáqueros causaron en él una honda impresión que llevaría a definir sus posiciones con mayor claridad una vez que llegara a México.

Rocafuerte, libertario y liberal
Última estancia en México y partida a Ecuador

A su arribo, Vicente Rocafuerte se instaló en la capital mexicana durante la presidencia de Guerrero y se encontró con una suerte de paralización social luego de la independencia de México. Parecía que todo seguía igual, que nada cambió, o si ocurrió, era para no cambiar. La pregunta que Rocafuerte se hizo cuando regresó estaba relacionada con los avances de la sociedad mexicana, en particular ,y la hispanoamericana, en general. Si la preponderancia de la Iglesia era evidente y la permanencia de las costumbres inalterable, ¿un nuevo Estado podía convivir con uno de los factores que se opuso a su creación? Pero, sobre todo, ¿era el catolicismo la base moral idónea donde debieran descansar los cimientos y el sistema republicano del nuevo país? Aún más, ¿la religión era capaz de asumir una tarea secular como la formación de nuevos ciudadanos conscientes y obedientes de las leyes para contribuir a la consolidación del Estado nacional? Estas preguntas no eran producto de la ociosidad intelectual ni mucho menos fáciles de responder. Se trataba de un cuestionamiento fundamental, un tema abordado en los primeros años como necesidad de responder a la pregunta de qué hacer

con las herencias del virreinato, especialmente la religión, la Iglesia y su inmenso poder.[65] Rocafuerte publicó en la primavera de 1831 su ensayo *Sobre la tolerancia religiosa*,[66] para escándalo[67] de los pietistas[68] y gozo del autor porque se vendió rápidamente. De hecho, algunos diarios publicaron una curiosa nota respecto a que sobraban algunos ejemplares, disponibles por un peso en las librerías de Recio y Seguín en el Portal de Mercaderes y en el despacho

[65] Tema abordado por los constituyentes de 1824 durante la redacción de la Constitución promulgada en octubre. Al interior del Congreso, Servando Teresa de Mier, Juan de Dios Cañedo, José Ignacio González Caralmuro, Carlos María Bustamante, José María Becerra, José Miguel Ramírez y José María de la Llave destacaron en el acalorado debate. Por fuera, José Joaquín Fernández de Lizardi comentó mucho en sus artículos periodísticos, en tanto Juan Cayetano Gómez de Portugal, tuvo una activa participación en el ámbito eclesiástico.

[66] Vicente Rocafuerte, *Sobre la tolerancia religiosa*, México, Imprenta de M. Rivera a cargo de Tomás Uribe, 1831.

[67] De interés resulta la contestación que dedicó José Bautista Morales, autor de *El gallo pitagórico* y posterior enemigo acérrimo de Antonio López de Santa Anna, a las proposiciones de Rocafuerte. En un opúsculo de 59 páginas, objetó la tolerancia religiosa que califica en el trabajo de Rocafuerte como inexacta y nada aconsejable por tomar como modelo a los anglosajones, antípodas de los pueblos católicos. En el mismo sentido opinó, quizá con menos elegancia y más tecnicismos teológicos, José María Guerrero. *Vid.* Juan Bautista Morales, *Disertación contra la tolerancia religiosa*, México, Imprenta de Galván a cargo de Mariano Arévalo, 1831; José María Guerrero, *Dictamen teológico que el presbítero licenciado José María Guerrero, consultor de la junta de censura religiosa de México presentó a la misma respetable junta y fue aprobado por unanimidad en sesión del 20 del corriente mayo contra el* Ensayo sobre la tolerancia religiosa, *publicado en México por el ciudadano Vicente Rocafuerte*, México, Oficina del Ciudadano Alejandro Valdés, 1831.

[68] Moisés González Navarro, *Los extranjeros en México y los mexicanos en el extranjero, 1821-1970,* t. I, México, El Colegio de México, 1993, p. 45.

del periódico *El Sol* en la calle de Capuchinas junto al número 1.[69]

La inspiración principal, como se dijo, provenía de sus observaciones personales sobre la reforma religiosa del siglo XVI que precedió la libertad política advertida con mayor claridad en el XVII, por tanto, la reforma política que estaban ensayando los nuevos países en América debía, necesariamente, dar lugar a la reforma religiosa. Este paso inicial sería el primero de muchos hacia la consolidación de su libertad y la negación de toda tutela, ya fuera regalista o espiritual. Para Vicente Rocafuerte, la formación de un Estado verdaderamente libre implicaba su secularización, comenzando por analizar las utilidades terrenales del aparato espiritual cuya moralidad y costumbres eran en todo punto censurables. Aun con ello, reconocía que la moral cristiana era un punto de partida para generar otra norma valorativa que diera pie a la evolución ética para la construcción del ciudadano en un sistema republicano y laico.

Este pensamiento avanzado, que no se volvería a ver en México sino hasta la época de la Reforma, descansaba *grosso modo* en varias premisas. En primer lugar, la moral era garantía del cumplimiento de la ley, pero esa moral no podía ser totalmente cristiana, porque si venía del seno religioso, es decir, del fuero personal, ésta sólo obligaba interiormente y no podía ser objeto de ningún acto de Gobierno temporal. Lo espiritual, no facilita la labor de los gobiernos y, por tanto, no podía ser la base de un nuevo país, aunque como resorte moral resultaba "el más podero-

[69] *El Sol*, jueves 21 de abril de 1831.

so para fijar la tranquilidad pública por medio de las buenas costumbres".[70]

En consonancia con su contemporáneo estadounidense William Ellery Channing, a quien cita profusamente, consideraba que era necesario construir una normativa paralela con "resortes" similares a los religiosos, para que por medio de esas "buenas costumbres" se lograra este fin cívico, pues disminuyen "la necesidad de restricciones legales y sustituye el uso de la fuerza en la administración de las leyes", pues mueve a que los hombres "sean ley para sí mismos y reprimiendo toda disposición para turbar o agraviar a la sociedad".[71] En todo caso, la religión tenía una misión secular inadvertida: proporcionar al nuevo Estado una eventual base para las leyes y los ciudadanos que habrían de obedecerlas en conciencia.

Según Rocafuerte, de lo anterior resultaba una bifurcación política: optar por la tolerancia religiosa daría lugar a una escala valorativa independiente ideal para la construcción de un nuevo país; elegir la intolerancia equivalía a preservar y colocar la herencia de la moral cristiana al centro como norma conductual indispensable para construir sobre lo ya conocido. En pocas palabras, era construir desde el principio o seguir edificando sobre lo existente.

En segundo lugar, contemplaba la absoluta independencia del Estado y la religión. Para los lectores mexicanos, esta propuesta es invariablemente vinculada al reformismo de Benito Juárez, con la salvedad de que Rocafuerte no fue tan excesivo. El ecuatoriano pensaba que al estar separados

[70] V. Rocafuerte, *op. cit.*, p. 13.

[71] *Ibid.*, p. 40.

estos dos entes, se ponían las condiciones para mejorar la moral pública y facilitar la prosperidad social, porque el catolicismo era uno más de los instrumentos que harían funcionar la maquinaria social. Esta diferencia implicaba que la separación política devenía en una ética y, por lo tanto, la Iglesia disminuiría su influencia para dar preponderancia al Estado y subordinarla a él. La consecuencia que se esperaría por efecto natural sería contar con la moral religiosa para hacer cumplir los mandatos legales emanados de las leyes. La intención evidente era debilitar a la Iglesia, no para destruirla, sino para utilizar su estructura abstracta con la cual funcionó y controlarla en lo esencial, es decir, se trataba de apropiarse de recursos de los cuales carecían los nuevos entes políticos en el continente.[72]

La tercera premisa a considerar es la de la diversidad religiosa. Debilitada en lo fundamental, había que romper el monopolio de la creencia para generar competencia fideísta. Este razonamiento, más que filosófico o doctrinario, era mercantil. La experiencia inglesa se hacía notar con vigor en este pasaje de su pensamiento. Rocafuerte suponía que el acaparamiento religioso por parte del catolicismo era "tan perjudicial a la propagación de la moral y desarrollo de la inteligencia humana como lo es el monopolio mercantil a la extensión del comercio y prosperidad de la industria nacional".[73]

La libertad de cultos, esa tan combatida, tan vilipendiada, establecería una rivalidad entre los credos que facilitaría

[72] Mercedes Catalina González Meza, *El americanismo de Vicente Rocafuerte*, México, UNAM, 1965, p. 45.

[73] *Ibid*., pp. 14-15.

las operaciones del Gobierno por los hábitos de obediencia que se esparcen y se generalizan en la masa del pueblo. Al fin y al cabo, pensaba Rocafuerte, no importaba precisamente la religión; podía ser cualquiera, siempre y cuando inculcara una buena y firme moralidad.

En lo que redundaría la aplicación de todo ello sería un dogma de las civilizaciones modernas, o sea, la sustitución de la trinidad divina por una triple unidad de libertad política, religiosa y mercantil. Los ejemplos: Estados Unidos e increíblemente Brasil. Sobre el primero, era indiscutible su adelantamiento social y político. "Al sacudir el yugo de la Europa ha sido la primera nación que ha puesto en práctica estas sublimes verdades, y entre los hijos de Washington brilla la luz evangélica con más esplendor que en otra parte del globo".[74] Sobre el vecino del sur, ponderaba que la instauración de la tolerancia religiosa como ley fundamental del imperio, dio "un paso agigantado en la civilización" al templar la tendencia imperial al despotismo con la libertad de opiniones. Brasil, con este *fortier* y *suaviter* en sus instituciones, estableció los elementos del orden, la paz y la prosperidad debidos a esa condición y no a su régimen imperial, pues México lo habría logrado, en 1822, cuando Iturbide se hizo coronar monarca. En cambio, Pedro I

> aunque heredero de un trono y educado para reinar despóticamente, se ha manejado con más sincera generosidad y filantrópica liberalidad que la mayor parte de nuestros pretendidos héroes de independencia, que se han conver-

[74] *Idem*.

tido en charlatanes políticos, en opresores y no en libertadores de su patria.[75]

Otra consecuencia benéfica habría con esta medida: la migración de extranjeros a territorio nacional, especialmente de anglosajones. Con su venida traerían sus buenos hábitos, que serían imitados por los mexicanos. Era la anti-

Pedro I, Emperador del Brasil, Simplicio Rodrigues de Sa
Museu Imperial de Petrópolis.

[75] *Ibid.*, p. 41. Para esta época, Bolívar ya era considerado un "tirano y usurpador". *Vid.* Haydée Miranda Bastidas y David Ruiz Chataing (comps.), *Hojas sueltas venezolanas del siglo XIX*, Caracas, Universidad Central de Venezuela-Comisión de Estudios de Postgrado-Facultad de Humanidades y Educación, 2001, p. 75.

gua teoría del ejemplo. Para ello, nuevamente ponía como paradigma a Brasil y su capital Río de Janeiro, habitada por ingleses, franceses, holandeses y alemanes, que podían instalarse en aquella ciudad por el respeto que les dispensaban, situación observada por Maximiliano de Habsburgo y registrada en sus diarios de viaje, treinta años después. Rocafuerte finalizaba su reflexión anotando que la tolerancia de cultos atrajo a ese país una población rica, virtuosa y útil, al paso que la intolerancia sólo provocaba que a México llegaran personas que sacrificaban a su interés sus opiniones religiosas y, por tanto, gente que perdía la útil y potencial virtud e impedía servir a los demás con rectitud.

La conclusión de su trabajo desembocaba en la necesidad de la separación de potestades para la creación de una moralidad cívica, fortalecida por el permanente diálogo entre la esfera religiosa y el ámbito político. La diversidad de credos, con énfasis en el protestantismo anglosajón, entrañaría una sana competencia que elevaría la eficacia de los conceptos más básicos que redundarían en el ofrecimiento de una conducta más virtuosa, tanto de los ministros de las iglesias como de los ciudadanos. Construir una ética laica significaba una relación directa entre el ciudadano y el Estado que se colocaría sobre un tercer árbitro (el clero) para convertirse en algo innecesario. A esta reducción de los espacios de la Iglesia sobrevenía una ampliación de los del Estado, y en esa medida, la fe se interiorizaba y el civismo se externaba. En estas circunstancias, se pluralizaban los creyentes y el creyente mismo se transformaba en ciudadano, en un ente político sujeto a la legalidad y no a la fe.

Como puede apreciarse, el pensamiento de Rocafuerte movió muchos debates e incluso procesos judiciales en su contra, de los cuales salió bien librado. Su estancia en México

Vicente Guerrero, Anacleto Escutia, Museo Nacional de Historia, INAH.

se prolongó hasta 1833, ganándose la vida en el acalorado debate político y la publicación de sus opiniones en varios periódicos de la ciudad. El entorno público se tornaba cada vez más difícil y la censura se hacía cada vez más presente. En el mismo año de la publicación de su ensayo, ejecutaron a Guerrero mientras Anastasio Bustamante ejercía la presidencia en calidad de usurpador y presunto asesino del héroe de la

independencia. El Gobierno se volvió rígido. Los opositores, comenzando por los legisladores, fueron mandados a encarcelar; las mazmorras se convirtieron, de la noche a la mañana, en el pleno donde debatían sin controversia ni contravención, pues ya habían sido suficientemente reconvenidos.

El embajador estadounidense fue desterrado junto con los más connotados yorkinos. El poder conservador estaba a todo fulgor. Los periodistas, constantemente amenazados, denunciaban las brutales palizas que les propinaba la policía secreta, mandada formar por el presidente *Brutamante*. El silencio llegó con el garrote. La libertad calló por un momento. El clero y el rito escocés sentaron sus reales. Polcas, contradanzas y cuadrillas anunciaron los compases de una armonía política que perfiló el conservadurismo como forma imperante durante las siguientes dos décadas. El poder se concentró cada vez más y más. La Ciudad de México se transfiguró en un vórtice de poder que sustituyó al federalismo por el centralismo. Las entidades otrora federativas gravitaron por la inercia del despotismo alrededor de ella.[76]

Las reacciones no se hicieron esperar. En enero de 1832, se proclamó el Plan de Veracruz por el comandante Ciriaco Vázquez, militar oscuro y hoy olvidado. Detrás de él, como el prestidigitador genuino que era, Antonio López de Santa Anna se proclamó portavoz de los agraviados por Bustamante y sus excesos.[77] En realidad, él era el instigador, pero

[76] Michael P. Costeloe, *La primera república federal de México, 1824-1835. Un estudio de los partidos políticos en el México independiente*, México, FCE, 1975, p. 477.

[77] Emilio Martínez Albesa, *La Constitución de 1857: catolicismo y liberalismo en México. De la paz con Estados Unidos a la caída del Segundo Imperio: 1848-1867*, vol. 3, México, Porrúa, 2007, p. 814.

sabedor de que el poder se ejerce mejor en la sombra, decidió ocultarse sólo para salir en el momento más conveniente. Rocafuerte observaba con cuidado el tétrico espectáculo del teatro bélico en que se convirtió México. Una vorágine destructora se divisó en el horizonte para arrasar con lo que estuviera mal acomodado o ligeramente plantado, como las ideologías o convicciones políticas.

El presidente ordenó a José Antonio Facio, ministro de Guerra, combatir a los rebeldes. Pasaron los meses y al cabo de 12, pidieron paz en el Gobierno. Los valses y minués festivos cesaron en Palacio Nacional. Santa Anna, que venció en San Agustín del Palmar, celebró con sones y huapan-

Anastasio Bustamante, anónimo,
Museo Nacional de Historia, INAH

gos que el presidente pidiera armisticio.[78] El 24 de diciembre firmaron los Convenios de Zavaleta[79] en los que se acordó el cese de hostilidades, la renuncia de Bustamante y el reconocimiento de Gómez Pedraza como presidente hasta el 1 de abril del año siguiente, cuando terminara el periodo para el cual fue electo cuatro años atrás. La paz volvió, pero no la certeza.[80] La fluctuación de posiciones políticas que subían y bajaban según la época, inducían un nistagmo que desorientaba, luego aminoraba lentamente sin desaparecer del todo. Rocafuerte, percatado de lo apremiante del caso, tomó la acertada decisión de regresar a Guayaquil después de una década como egregio trashumante.

78 José C. Valadés, *Orígenes de la República Mexicana. La aurora constitucional,* presentación de Mario Melgar Adalid, prólogo de Andrés Lira, México, UNAM, 1994, p. 188.

79 Alfonso Noriega, *El pensamiento conservador y el conservadurismo mexicano*, t. 1, México, UNAM, 1993, p. 21.

80 Un análisis sorprendentemente exacto lo hace el mismo Gómez Pedraza en un opúsculo poco conocido. *Vid.* Manuel Gómez Pedraza, *Manifiesto que Manuel Gómez Pedraza, ciudadano de la república de Mejico, dedica a sus compatriotas; o sea una reseña de su vida pública*, Nueva Orleans, Imprenta de Benjamin Levy, 1831, pp. 111-114.

Rocafuerte, ministro a la práctica

Acción diplomática de un presidente liberal

Si bien la política mexicana se dirigía hacia un desastroso cauce, la de Ecuador no mostraba mejores signos. En 1830, el Distrito Sur de la Gran Colombia se separó para formar un país aparte. En esa coyuntura, el general venezolano Juan José Flores tomó las riendas del poder y afianzó un régimen militarista con relativa estabilidad, no exento de la violencia con que los nuevos Estados nacen y con la cual procuran robustecer los débiles principios con que surgen. A principios de 1833, Rocafuerte llegó a Guayaquil para tratar de dedicarse a sus actividades personales, tal y como les afirmó casi diez años atrás a los diputados mexicanos que lo nombraron diplomático. Pero ese "tratar de dedicarse" tomó su verdadero significado cuando apenas instalado en su ciudad natal se enteró de las maniobras de Juan José Flores y sospechó de sus pretensiones "absolutistas". A través de su participación en *El Quiteño Libre* y apoyado por los miembros que colaboraban en él, se impulsó su candidatura para ocupar una curul en el Congreso a celebrarse en octubre de ese año.[81] Desde su

[81] Carlos Paladines, *Sentido y trayectoria del pensamiento ecuatoriano*, México, UNAM, 1991, p. 83.

escaño, Rocafuerte criticó con dureza al presidente Flores, organizó una oposición sistemática al Gobierno y señaló todos aquellos actos considerados como abusos, producto de la aplicación de un militarismo extranjero sin consideración del interés nacional. Rocafuerte arreciaba y Flores toleraba. No se atrevía a darle la razón al guayaquileño atentando contra su fuero como diputado. Después de todo, como se decía en el medio mexicano hace muchos años, lo que resiste apoya. Y vaya que resistió.[82]

Flores pasó por ser un militar bastante perspicaz. Lo suyo era la paciencia que, como toda virtud cultivada, rindió sus frutos en la arena política. Rocafuerte sentía que no hacía bastante mella al poder presidencial y prefirió retirarse; renunció a su diputación y proyectó regresar a casa.[83] En el trance, Flores aprovechó el titubeo, ordenó su captura so pretexto de sedición y fue desterrado a Lima. Paralelamente, el malestar de las fuerzas militares que no comulgaron del todo con el presidente fraguó una conspiración contra él. Un compatriota suyo, el coronel Pedro Mena, preparaba a las tropas en Guayaquil, en tanto que Rocafuerte salió rumbo a la frontera.

Mena, de altas aspiraciones no muy legítimas, procuraba la felonía como medio de ascenso. Ya antes había traicionado a otros; Rafael Urdaneta, presidente de la Gran Colombia, lo comisionó, en 1830, como uno de los defensores magnocolombinos contra el alzamiento de los ecuatorianos. Apenas

[82] *Documentos políticos de don Vicente Rocafuerte. Sesquicentenario del fallecimiento de don Vicente Rocafuerte*, Guayaquil, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1997, p. 47.

[83] *Primer rejistro auténtico nacional de la república del Ecuador formado en virtud del decreto lejislativo de 23 de marzo de 1830,* t. 1, Quito, Imprenta del Gobierno por J. Campuzano, 1840, p. 397.

tomó las armas, cambió de bando y entregó a su aliado. Flores lo premió sin ponderar su nula lealtad que solo procuraba a sí mismo. Eso se verificó el 12 de octubre de 1833, cuando se rebeló contra el presidente Flores so pretexto de extradición de 27 oficiales leales a Urdaneta. Se guareció en Guayaquil, combatió con vigor, pero Flores lo sometió. Huyó para reorganizar sus fuerzas y encontró que la casualidad le regalaba una grandiosa idea como parte de una revelación: perdió contra Flores por falta de legitimidad y, por tanto, había que hallarla. ¿Quién sería el más apto para encabezar una revuelta donde el prestigio de un ciudadano intachable le aportara legitimidad? Sí, Rocafuerte.[84]

Rafael Urdaneta, Martín Tovar y Tovar.
Salón Azul de la Asamblea Nacional de la
República Bolivariana de Venezuela.

[84] Neptalí Zúñiga, *Vicente Rocafuerte*, Quito, Corporación de Estudios y Publicaciones, 1983, p. 352.

Una vez liberado, llegó a Guayaquil el 18 de octubre. El cabildo de la ciudad sesionó para tomar las providencias necesarias con las cuales devolver la tranquilidad a la zona. Pedro Mena no ofrecía seguridad. Vicente Rocafuerte brindaba estabilidad. La decisión era clara: unánimemente se le declaró jefe supremo para enfrentar a Flores y minar la prestancia de Mena, que se alistaba para tomar el poder. Esto supuso una inconformidad de su parte, que presionaba a Rocafuerte para que tomara medidas radicales, pero no tuvo más remedio que apoyar para resistir. En Quito, los florecistas perfilaban sus maniobras para arremeter contra los alzados. Desde el 21 de noviembre de 1833, el general Flores plantó sitio a Guayaquil desde el llano de Mapasingue al mando del coronel Juan Otamendi, el *Tigre de Hircania*, mote ganado por su ferocidad en los ataques. Otamendi atacó en la tarde del 24 de noviembre y logró el repliegue de los rebeldes hacia el mar.

Mena se refugiaba por un lado y Rocafuerte, a bordo de un buque norteamericano, arengaba contra sus vencedores. Instaló su jefatura en la pequeña isla de Puná,[85] desde donde decretó el bloqueo naval de Guayaquil para poner en jaque económico a Flores, al privarlo de su principal ingreso: los impuestos en la aduana. En enero de 1834 se trasladó a Lima para gestionar apoyos, compra de pertrechos y toda clase de materiales para sostener su "gobierno". En abril regresó con una imprenta bautizada como "La Chihuahua", en clara referencia humorística a los servicios prestados por él a México. De inmediato, los adversarios se refirieron a

[85] Juan Luis Orrego Penagos, *La ilusión del progreso. Los caminos hacia el Estado-nación en el Perú y América Latina (1820-1860),* Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 2005, p. 98.

ellos como los *chihuahuas* y así pasó a la historia ecuatoriana este episodio que se resolvió el 18 de junio con la derrota y aprehensión de Rocafuerte.[86]

Se dijo en su momento que Pedro Mena pactó la entrega de su líder por las irreconciliables diferencias que mantenían. Sea como fuere, Rocafuerte fue cesado, degradado y embarcado como traidor al norte del Perú. Conducido en calidad de prisionero a Guayaquil, llegó ante el presidente Flores. Todo mundo calculó que sería ejecutado en perfecta muestra de poder ante los vencidos. La justicia castrense parecía inevitable, y justo cuando se disponían a juzgarlo marcialmente, una noticia cambió toda la jugada: en Quito, José Félix Valdivieso se proclamó, el 12 de junio de 1834, como jefe supremo de Ecuador, desconoció a Flores y se autoproclamó "restaurador".[87]

Ambos adversarios tenían ahora un enemigo en común. Rocafuerte y su vencedor unieron fuerzas para luchar contra aquél; acordaron respetar el término del periodo para el cual fue electo Flores, anunciaron una amnistía para todos los partícipes en la Revolución chihuahueña, convocaron a un congreso extraordinario que organizaría una convención nacional para elaborar un auténtico armisticio que tuviera como marco la suscripción por las partes de un "acuerdo de paz, unión y concordia sincera entre todos los ecuatorianos". No obstante, la lucha se prolongó hasta el 18 de enero de 1835, cuando los ejércitos aliados derrotaron

[86] Kintto Lucas, *Ecuador, cara y cruz. Del levantamiento del noventa a la Revolución ciudadana,* t. I, *Una década de luchas sociales* (1990-2001), Quito, Ediciones Ciespal, 2015, p. 332.

[87] Ugo Stornaiolo, *Ecuador: anatomía de un país en transición*, Quito, Ediciones Abya-Yala, 1999, p. 161.

en la Batalla de Miñarica a Valdivieso.[88] Al día siguiente, Vicente Rocafuerte fue designado jefe supremo del país y Juan José Flores comandante del ejército ecuatoriano para seguir pacificando a la nación. Este acuerdo, a pesar de lo razonable que resultaba, fue visto por algunos chihuahuas como una traición de Rocafuerte, a quien le reprochaban haber preferido el poder antes que la muerte en defensa de sus principios.

Los siguientes meses fueron de negociaciones y concesiones. Rocafuerte, a causa de su fama, adquirió un ascendiente en la opinión pública, lo que le granjeó apoyos de toda clase. En febrero de 1835, convocó con éxito a una Convención Nacional Constituyente que se reunió en Ambato entre junio y agosto. Las tareas de los legisladores se concentraron en la redacción de una segunda Carta Magna que reformuló la organización republicana para sentar las bases de una estabilidad política propiciadora de progreso. Asimismo, el 8 de agosto se nombró presidente constitucional de la República a Vicente Rocafuerte para un periodo de cuatro años.[89] Sus primeras acciones, como ha de sospecharse, estuvieron

[88] Gustavo Vascónez Hurtado, *El general Juan José Flores: la República, 1830-1845*, Quito, Banco Central del Ecuador/Centro de Investigación y Cultura, 1984, pp. 100-123.

[89] En el Acervo Histórico Diplomático de la Secretaría de Relaciones Exteriores, existe una "Carta autógrafa de Vicente Rocafuerte que dirige a Miguel Barragán, presidente de México, comunicándole que ha sido nombrado presidente de la República de Ecuador. Palacio de Gobierno de Quito, 19 de agosto de 1835." AHD, H/311.2 (866) /7. Este bien puede ser considerado el inicio de la diplomacia formal con México, aunque no hay que olvidar que entre 1821 y 1823 existían en Ecuador algunos encargados de negocios. *Vid*. "Relación cronológica de los ministros encargados de negocios de México en el Ecuador", AHD, III/323 (866:72) (03) /1.

dedicadas al análisis de la situación de Ecuador. El resultado fue un panorama poco amable que identificó una grave crisis económica, desorden administrativo en todos los niveles, deuda exorbitante con los capitales privados, impago de los salarios a las tropas y propagación del contrabando e ilícitos procesos comerciales que mermaban la economía nacional.

Para ello, llevó a sus últimas consecuencias la citada reorganización del sistema político con la aplicación del nuevo marco legal emanado de la segunda Constitución, así como el nombramiento de funcionarios públicos calificados, el combate a las acciones desestabilizadoras internas y externas de sus más férreos detractores, la expulsión de los "revoltosos profesionales" y la erradicación de la anarquía con su germen revolucionario. En este contexto, tomó como banderas de la restauración del orden la soberanía del pueblo, la división de poderes, la libertad de imprenta y el fortalecimiento de la democracia para ir revirtiendo la preeminencia de los fueros, el tutelaje de los indígenas, los excesos del clero, la ausencia de educación y la tolerancia religiosa.

Para su empresa educativa ordenó la apertura de escuelas en conventos masculinos y femeninos, y habilitó otros tantos. Asimismo, refundó la Academia Náutica de Guayaquil y estableció un colegio militar en Quito. Para sostener todo, creó la Dirección General de Instrucción Pública con oficinas en cada una de las provincias. El escritor ecuatoriano José Antonio Campos refiere que la nota descollante del Gobierno de Rocafuerte en esta materia fue la culturización del país mediante el impulso a la instrucción en todos sus niveles, porque estaba convencido de que esta labor crearía el ambiente necesario para una normativa moral, laica, "ciudadanizante", respetuosa de las leyes, que alejara al pueblo ecuatoriano de la barbarie en que estaba sumido. Es por ello

que la reforma sobre el clero y la libertad de cultos instaurada por él, obligó a la religión a retornar a la interioridad de sus conventos e iglesias.[90]

Las medidas con clara intención de debilitar a la Iglesia para aprovechar la estructura de que carecía Ecuador en todos los ámbitos le movieron a combatir a los altos dignatarios católicos que intentaban defender sus intereses e influencia en el control de conciencias. Para 1837, la situación escalaba hacia un enfrentamiento terrible que exacerbó aún más el ambiente político de por sí complicado. Rocafuerte decidió que el terror y la aplicación tajante de la ley contra sus adversarios desestabilizadores y radicales eran los métodos eficaces de enfrentar los retos que la anarquía le antepuso durante su administración. Carl August Gosselman, viajero y agente de Suecia en Sudamérica, visitó Quito en aquel año y consignó en un reporte enviado a su soberano los conflictos que enfrentaba el presidente a causa de sus reformas: los curas, molestos por la intromisión de mano profana en sus monasterios,[91] se mostraban indispuestos a convertir sus celdas en aulas de colegios y se negaban a permitir que la gente leyera sin guía la Biblia con el peligro de mal interpretar las sagradas leyes.[92]

[90] Darío C. Guevara, *Vicente Rocafuerte y la educación pública en el Ecuador,* Quito, Editorial Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1965, pp. 277 y ss.

[91] Carl August Gosselman, *Viajes,* trad. Ann Christien Pereira, 2ª ed., Bogotá, Publicaciones del Banco de la República/Archivos de la Economía Nacional, 1981, pp. 215.

[92] Entre otras reformas, nada agradables para los religiosos, estuvo la eliminación de días de fiesta para la población, así como una división de los obispados ecuatorianos que, luego de prolongadas gestiones, sancionó el mismo papa. También fijó y fiscalizó las rentas de las mitras, nombró obispos, adju-

Mientras tanto, en México se recibían noticias acerca de la situación que guardaba el Estado ecuatoriano. En 1835, José María Gutiérrez de Estrada presentó una *Memoria* ante el Congreso que daba cuenta de las dificultades del Gobierno de Vicente Rocafuerte. Al poco tiempo de haber iniciado su Gobierno, el presidente ordenó hacer consultas y contactar al ministro Juan de Dios Cañedo, plenipotencia-

José María Gutiérrez de Estrada,
carta de visita, Altobelli e Mollins, Roma.
Colección particular.

dicó rentas, modificó funerales... En fin, impulsó tantos cambios que pronto los religiosos clamaron la ayuda divina. En la actualidad, esta suerte de "patronato regio" se parecía mucho al galicanismo afrancesado que impulsó José II de Austria, el mismo que terminó por hundir al propio Mozart, sólo que con toques constitucionales y eminentemente cívicos.

rio de México para las Repúblicas Sudamericanas de Argentina, Bolivia, Brasil, Colombia, Chile, Ecuador, Paraguay, Perú, Uruguay y Venezuela con sede en Lima. El presidente ecuatoriano envió una carta personal a Cañedo en donde le anunciaba que

> había llegado el momento de hacer un tratado de amistad, comercio y navegación por el cual nuestros países puedan sacar mutuas y grandes ventajas de su recíproco tráfico. Como soy mexicano de corazón, me intereso mucho en establecer las más íntimas relaciones entre México y el Ecuador.[93]

Iniciar este proceso que desembocara en un tratado de amistad y comercio entre ambos países resultaba fundamental no sólo por lo que significaba para él, sino también por la importancia geopolítica que esto suponía. Esta idea, que venía tratando desde su primer día, quedó de manifiesto en una brevísima comunicación escrita fechada en aquel año de 1836.[94] En esa dirección, Rocafuerte también envió agentes confidenciales a Nueva Granada para establecer legaciones en Venezuela y logró establecer consulados en Caracas y Maracaibo.

[93] Carta a Juan de Dios Cañedo, secretario de Estado y Despacho de Relaciones Interiores y Exteriores de la República Mexicana, "Legación extraordinaria mexicana cerca de las repúblicas del Sur y el Imperio del Brasil", núm. 5, Lima, 26 de mayo de 1836, AHD, exp. 5-15-21.

[94] AHD, "Tratado de Amistad, Comercio y Navegación propuesto por el C. Vicente Rocafuerte, presidente de la República del Ecuador", III/353 (72:866) 836/1.

Al mismo tiempo, Chile comenzaba a tomar una importancia para el país. Por esa razón, el ministro del Interior y del Exterior, José Miguel González, fue enviado a Valparaíso con el objeto de establecer, primero, un acuerdo amistoso y comercial; segundo, una alianza militar en caso de una eventual guerra contra Perú. La consecuencia de estas gestiones fue el establecimiento de un consulado en Valparaíso en 1836 y otro en Santiago en 1842 para posicionar muchos de los productos nacionales en el mercado chileno, como tabaco, sal, sombreros y, desde luego, cacao.

Bajo estas circunstancias y con igual misión, Vicente Rocafuerte designó a Manuel Antonio Luzárraga, quien mantenía de tiempo atrás relaciones comerciales con nuestro país, para concretar el acuerdo proyectado desde un año atrás y representar, al mismo tiempo, a un grupo de comerciantes avecindados en Guayaquil. A su arribo a México, fue bien visto. El presidente Anastasio Bustamante, vuelto al poder por aquellos giros inesperados que da la política, lo recibió con cortesía. El precedente de Rocafuerte en el país, no obstante su férrea crítica a los políticos mexicanos de la época, generó una confianza inusitada para el establecimiento de las relaciones comerciales con Quito, de modo tal que la propuesta formulada por el presidente ecuatoriano fue aceptada. De inmediato, Bustamante ordenó la conformación de un grupo para ser enviado a Guayaquil y abrir un consulado, pues el 28 de junio de 1838, el ministro José M. Ortiz Monasterio firmó el "Tratado de Paz, Amistad, Comercio y Navegación", que también signó Rocafuerte sin ninguna objeción.[95]

[95] Francisco Cuevas Cancino, *El pacto de familia. Historia de un episodio de la diplomacia mexicana en pro de la anfictionía,* México, SRE, 1962, p. 261.

Las cosas, a pesar de la benignidad del panorama, no siguieron el rumbo tan sencillo señalado por la voluntad de los presidentes. El Congreso mexicano impugnó dicho acuerdo porque en el artículo 5.º se establecía el libre comercio entre comerciantes de ambos Estados, lo cual contradecía los tratados con otras naciones a quienes sorprendentemente se les prohibió el comercio, al menos en algunos estados como Jalisco y Zacatecas.[96] Esta prohibición a todas luces inoperante, se hizo general a partir de 1843 y sólo fue anulada por el reformismo juarista en la Constitución de 1857. Estas contrariedades fueron comunicadas, el 17 de marzo de 1840, a Juan Manuel de Pereda, cónsul de Venezuela y encargado de negocios de Ecuador, para que se convocara a nuevas negociaciones. Sin embargo, Vicente Rocafuerte dejó el cargo un año antes, por lo que las negociaciones tuvieron que ser ejecutadas por Francisco Esprin, enviado del gobierno de Juan José Flores, quien también volvió al gobierno por esas vueltas insospechadas que da la política.[97]

Lo que puede apreciarse en este brevísimo recuento de las acciones diplomáticas de Rocafuerte, es la intención de obtener el reconocimiento de la soberanía de su país a través de la suscripción de tratados amistosos y comerciales que manifestaban una integración de la política interior que permitía la construcción de puentes hacia el exterior. Esto no pudo llevarse a cabo durante la primera presidencia ecuatoriana debido al estado de anarquía que mostraba

[96] A pesar de la informalidad en los tratos y esta contrariedad legal, el comercio del cacao de Ecuador a México creció del 9% al 17% de 1836 a 1839, último año de la administración de Vicente Rocafuerte.

[97] Jesús Guzmán y Raz Guzmán, *Las relaciones diplomáticas de México con Sud América*, México, Porrúa, 1970, pp. 23-25.

el país. Sin embargo, la segunda logró fundar las bases de un país con marco jurídico y profundas reformas sociales que permitieron posicionar a Ecuador hacia el exterior.

Es por eso, que hay que subrayar que los lazos tendidos por Rocafuerte con México y América simbolizaron la consolidación de una soberanía nacional normada por su interacción con otros Estados que también buscaban la legitimación de su existencia, sobre todo, con el reconocimiento de las potencias europeas cuya influencia irresistible delineó los parámetros con los cuales se regularían hacia fuera. En este mismo sentido, el fortalecimiento de los lazos comerciales con los países amigos robustecía los circuitos económicos locales, lo que redundaba en la prosperidad de las élites que eventualmente contribuían al desarrollo nacional. Por último, el establecimiento de consulados en México y las otras naciones, reorientaron las exportaciones ecuatorianas más allá de los flujos tradicionales establecidos en tiempos de la dominación española y alcanzaron latitudes tan lejanas como Singapur o las ciudades hanseáticas.

Vicente Rocafuerte, un hombre ilustrado, consciente de las necesidades de su país y alimentado en todo momento por las experiencias diplomáticas que le llevaron a servir a varias naciones amigas, puso los fundamentos de la política exterior ecuatoriana que hoy goza de prestancia en la región. Para Ecuador implicó la implantación de reformas con un profundo sentido social y contenido económico, vinculado con la reforma de las costumbres eclesiásticas, la tolerancia religiosa y la diversificación de los credos en aras de la ciudadanización del súbdito fideísta. Como se vio en los apartados anteriores, la reforma de conciencia, la separación de los entes político y religioso tenía como finalidad dotar a los estados nacientes de una estructura de la que carecían. Sus

obras teóricas, al respecto, mostraban la complicación que resultaba la instauración de un modelo fundamentalmente inspirado en los países anglosajones, pero también en la libertad de opinión sobre asuntos religiosos que tan buenos resultados le habían dado a la monarquía brasileña.

Al frente de la presidencia ecuatoriana, luego de una infinidad de acontecimientos que complejizaron la realidad política del vecino país y las contradicciones entre los distintos proyectos de nación formulados por aquellos que se consideraban más a propósito para encabezar los destinos del país, logró equilibrar las fuerzas que amenazaban con la anarquía destructora, reestructurar el sistema republicano y aplicar la ley a fuerza de la aplicación de la pena máxima a los personajes desestabilizadores que hicieron de la revuelta toda una profesión. Afianzado al interior, pudo comunicarse con éxito al exterior. Y de ahí en adelante, la construcción de la historia diplomática entre Ecuador y México sería sólo cuestión de tiempo.

Cronología diplomática

Legaciones de ecuador en México durante la época de Vicente Rocafuerte

1837 Legación en México
Manuel Antonio Luzárraga, encargado de negocios.
J. Neptalí Pereda, cónsul de Venezuela y encargado de los intereses de Nueva Granada y el Ecuador.

1838 Firma del Tratado de Paz, Amistad, Comercio y Navegación entre México y Ecuador.
México abre un consulado en Guayaquil.

1839 Consulado ecuatoriano en Guaymas, Sonora.
Francisco Ciprioy, cónsul en Guaymas.

Bibliografía

Alamán, Lucas. *Liquidación general de la deuda esterior de la república mexicana hasta el fin de diciembre de 1841. Precedida de la relación histórica de los préstamos de que precede y de las diversas modificaciones que han tenido hasta la formación del fondo consolidado, con un resumen de todos los puntos que han quedado pendientes y requieren resolución del Supremo Gobierno*, México, Imprenta de Ignacio Cumplido, 1845.

Alanís Enciso, Fernando. "Los extranjeros en México, la inmigración y el gobierno: ¿tolerancia o intolerancia religiosa?, 1821-1830", en *Historia Mexicana*, núm. xlv, 1996.

Andrés y Alcalde, Joaquín. *Manual estadístico, histórico, político, genealógico y astronómico o Vista estadística del mundo y compendio general de noticias,* Madrid, Oficina de Moreno, 1831.

Benites Vinueza, Leopoldo. *Ecuador: drama y paradoja*, Quito, Libresa, 1995.

Carmagnani, Marcello; Hernández Chávez, Alicia y Romano, Ruggiero. *Para una historia de América. Los nudos (1)*, México, Fondo de Cultura Económica, 2016.

Cortés, Manuel José. *Ensayo sobre la historia de Bolivia*, Sucre, Imprenta de Beeche, 1861.

Cortesao, Jaime; Calmón, Pedro. *Brasil*, Barcelona, Salvat Editores, 1956.

Costeloe, Michael P. *La primera república federal de México, 1824-1835. Un estudio de los partidos políticos en el México independiente*, México, Fondo de Cultura Económica, 1975.

Cuetos, María Luisa Laviana. *Guayaquil en el siglo XVIII. Recursos naturales y desarrollo económico*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1987.

Cuevas Cancino, Francisco *El pacto de familia. Historia de un episodio de la diplomacia mexicana en pro de la anfictionía,* México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1962.

Dager Alva, Joseph. *Historiografía y nación en el Perú del siglo XIX*, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 2009.

Documentos políticos de don Vicente Rocafuerte. Sesquicentenario del fallecimiento de don Vicente Rocafuerte, Guayaquil, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1997.

Dueñas S. de Anhalzer, Carmen. *Marqueses, cacaoteros y vecinos de Portoviejo*, Quito, Universidad de San Francisco de Quito/Editorial Abya-Yala, 1997.

Fradera, Josep M. *Filipinas, la colonia más peculiar. La hacienda pública en la definición de la política colonial, 1762-1868*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1999.

Gaceta del Gobierno de México, t. XII, núm. 128, sábado 22 de septiembre de 1821.

Gazmuri, Cristián. *La historiografía chilena (1842-1970)*, Santiago de Chile, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2006, t. I.

Gómez Pedraza, Manuel. *Manifiesto que Manuel Gómez Pedraza, ciudadano de la república de Mejico... o sea una reseña de su vida pública*, Nueva Orleans, Imprenta de Benjamin Levy, 1831.

González Meza, Mercedes Catalina. *El americanismo de Vicente Rocafuerte*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1965.

González Navarro, Moisés. *Los extranjeros en México y los mexicanos en el extranjero, 1821-1970,* t. I, México, El Colegio de México, 1993.

Gosselman, Carl August. *Viajes,* trad. Ann Christien Pereira, 2ª ed., Bogotá, Publicaciones del Banco de la República/Archivos de la Economía Nacional, 1981.

Guerrero, José María. *Dictamen teológico que el presbítero licenciado...consultor de la junta de censura religiosa de México presentó a la misma respetable junta y fue aprobado por unanimidad en sesión del 20 del corriente mayo contra el* Ensayo sobre la tolerancia religiosa, *publicado en México por el ciudadano Vicente Rocafuerte*, México, Oficina del Ciudadano Alejandro Valdés, 1831.

Guevara, Darío C. *Vicente Rocafuerte y la educación pública en el Ecuador,* Quito, Editorial Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1965.

Guzmán y Raz Guzmán, Jesús. *Las relaciones diplomáticas de México con Sud América*, México, Porrúa, 1970.

Hammnet, Biran. *Historia de México* (trad. Carmen Martínez Gimeno), Madrid, Cambridge University Press, 2001.

Hernández y Dávalos, J. E. "Informe de fray Pedro Ramírez sobre las conversaciones con Morelos y otros jefes independientes y de lo ocurrido en su marcha de Acapulco a México", Documento número 175, en *Colección de documentos para la historia de la guerra de independencia de México de 1808 a 1821*. T. VI.

Herr, Richard. *Política española y comercio colonial, 1700-1789*, Barcelona, Editorial Ariel, 1999.

Hidalgo, Delia. *Representantes de México en Gran Bretaña*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1981.

La diplomacia mexicana, 3 vols., México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1910-1913.

"La independencia y vida política y social del Brasil", en *Historia General de América*, Caracas, Universidad Simón Bolívar, 1999.

Lara, Darío. *La vitrina de un país sobre el mundo. Informes de los diplomáticos franceses del siglo xix,* Quito, Ediciones Abya-Yala/Asociación de Funcionarios y Empleados del Servicio Exterior Ecuatoriano, 1997.

Lara, Jorge Salvador. *Breve historia contemporánea del Ecuador*, 2ª ed., México, Fondo de Cultura Económica, 2002.

López Portillo T, Felícitas. *Bajo el manto del libertador. Colombia, Panamá y Venezuela, 1821-2000*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores-Dirección General del Acervo Histórico Diplomático, 2004.

Lucas, Kintto. *Ecuador, cara y cruz. Del levantamiento del noventa a la Revolución ciudadana,* t. I, *Una década de luchas sociales* (1990-2001), Quito, Ediciones Ciespal, 2015.

Martínez Albesa, Emilio. *La Constitución de 1857: catolicismo y liberalismo en México. De la paz con Estados Unidos a la caída del Segundo Imperio: 1848-1867*, vol. 3, México, Porrúa, 2007.

Mecum, Kent B. *Vicente Rocafuerte: el prócer andante*, Quito, Banco Central del Ecuador, 1983.

Méndez Reyes, Salvador. *El hispanoamericanismo de Lucas Alamán (1823-1853)*, México, Universidad Autónoma del Estado de México, 1996.

Miño Grijalva, Manuel. *El mundo novohispano: población, ciudades y economía: siglos xvii y xviii*, México, Fondo de Cultura Económica, 2001.

Miranda Bastidas Haydée; Ruiz Chataing, David (comps.). *Hojas sueltas venezolanas del siglo xix*. Caracas, Universidad Central de Venezuela-Comisión de Estudios de Postgrado-Facultad de Humanidades y Educación, 2001.

Morales, Juan Bautista. *Disertación contra la tolerancia religiosa*, México, Imprenta de Galván a cargo de Mariano Arévalo, 1831.

Molas, Pere. *La burguesía mercantil en la España del antiguo régimen*, Madrid, Editorial Cátedra, 1985.

Montaner Bello, Ricardo. *Historia diplomática de la independencia de Chile*, Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello, 1961.

Mora, José María Luis. *Obras sueltas*, París, Librería de Rosa, 1837.

Noriega, Alfonso. *El pensamiento conservador y el conservadurismo mexicano*, t. 1, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1993.

Ocios de españoles emigrados. *Periódico mensual*, t. I, Londres, Imprenta de A. Macintosh, 1824.

Orrego Penagos, Juan Luis. *La ilusión del progreso. Los caminos hacia el Estado-nación en el Perú y América Latina (1820-1860),* Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 2005.

Ortiz de Ayala, Simón Tadeo. *Resumen de la estadística del imperio mexicano, 1822*, Estudio preliminar, revisión de texto, notas y anexos de Tarsicio García Díaz, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1991.

Paladines, Carlos. *Sentido y trayectoria del pensamiento ecuatoriano*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1991.

Pereyra, Carlos. *La juventud legendaria de Bolívar*, Madrid, Editorial Aguilar, 1931.

Pimenta, Joao Paulo G. *Brasil y las independencias de Hispanoamérica*, Barcelona, Universitat Jaume I, 2007.

Pons Blanco, André. *White y España*, Madrid, Instituto Feijoo de Estudios del Siglo xviii, 2002.

Primer rejistro auténtico nacional de la república del Ecuador formado en virtud del decreto lejislativo de 23 de marzo de 1830, t. 1, Quito, Imprenta del Gobierno por J. Campuzano, 1840.

Roberts, Andrew. *Napoleón. Una vida,* trad. Diego Pereda Sancho, Madrid, Ediciones Palabra, 2016.

Rocafuerte, Vicente. *Sobre la tolerancia religiosa*, México, Imprenta de M. Rivera a cargo de Tomás Uribe, 1831.

Rodríguez, Jaime E. "*El Reino de Quito*", en Manuel Chust Calero (coord.), *1808. La eclosión juntera en el mundo hispano*, México, Fondo de Cultura Económica/El Colegio de México, 2007.

___ *Estudios sobre Vicente Rocafuerte*, Guayaquil [Ecuador], Archivo Histórico del Guayas, 1975.

___ *The Emergence of Spanish America*. *Vicente Rocafuerte and Spanish Americanism*, *1808--1932*, Berkeley, University California Press, 1975.

Ruiz Guerra, Rubén. *Más allá de la diplomacia: relaciones de México con Bolivia, Ecuador y Perú, 1821-1994,* México, Secretaría de Relaciones Exteriores-Dirección General del Acervo Histórico Diplomático, 2007.

Stornaiolo, Ugo. *Ecuador: anatomía de un país en transición*, Quito, Ediciones Abya-Yala, 1999.

Terrazas, Marcela. "¿Aliados de la insurgencia? La temprana colaboración norteamericana en la independencia de México", en Alicia Mayer (coord.), *México en tres momentos: 1810-1910-2010. Hacia la conmemoración del Bicentenario de la Independencia y el Centenario de la Revolución Mexicana. Retos y perspectivas,* vol. II, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas, 2007.

Torrente, Mariano. *Historia de la Revolución Hispano Americana*, Madrid, Imprenta de León Amarita, 1829.

Torres Puga, Gabriel. "Centinela mexicano contra francmasones: un enredo detectivesco del licenciado Borunda en las causas judiciales contra franceses de 1794", en *Estudios de Historia Novohispana*, núm. 33, julio-diciembre de 2005.

Valadés, José C. *Orígenes de la República Mexicana. La aurora constitucional,* presentación de Mario Melgar Adalid, prólogo de Andrés Lira, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1994.

Vásconez Hurtado, Gustavo. *El general Juan José Flores: la República, 1830-1845*, Quito, Banco Central del Ecuador/Centro de Investigación y Cultura, 1984.

Vázquez, Josefina Zoraida. *México y el mundo. Historia de sus relaciones exteriores*, t. II, México, El Colegio de México/Senado de la República, 1990.

___ "Contexto nacional del primer federalismo mexicano", en Josefina Zoraida Vázquez y José Antonio Serrano Ortega (coords.), *Práctica y fracaso del primer federalismo mexicano (1824-1835)*, México, el Colegio de México, 2012.

Vicuña Mackenna, Benjamín. *La revolución de la independencia del Perú desde 1809 a 1819. Introducción histórica que comenzó a publicarse en* El Comercio *de Lima en forma de artículos críticos, con el título de Lord Cochrane y San Martín*, Lima, Imprenta del Comercio por J. M. Manterola, 1860.

Villanueva, Carlos A. *Fernando VII y los nuevos Estados*, París, Librería Paul Ollendorff, 1911.

___ *La monarquía en América. La Santa Alianza,* vol. 3, París, Librería de Paul Ollendorf, 1912.

Villicañas, José Luis. *Kant y la época de las revoluciones*, Madrid, Akal, 1999.

Zavala, Lorenzo de. *Ensayo histórico de las revoluciones de México, desde 1808 hasta 1830*, t. 1, México, Imprenta a cargo de Manuel N. de la Vega, 1845.

Zuleta, María Cecilia. *Los extremos de Hispanoamérica. Relaciones, conflictos y armonías entre México y el Cono Sur*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores-Dirección General del Acervo Histórico Diplomático, 2008.

Zúñiga, Neptalí. *Diario inédito del viaje de Humboldt por la Provincia de Guayaquil*, Guayaquil, Universidad de Guayaquil, 1983.

——. *Vicente Rocafuerte*, Quito, Corporación de Estudios y Publicaciones, 1983.

CARTE
D'AMÉRIQUE,
DRESSÉE POUR L'INSTRUCTION,
PAR GUIL. DELISLE
Et Phil. Buache, Premiers Géographes de l'Académie des Sciences.
Nouvellement Revue, Augmentée et Assujettie aux Nlles Observations Astronomiques de Mrs de l'Académie des Sciences.
Par Dezauche Géographe, Successeur des Srs Delisle et Phil. Buache.
A PARIS
Chez l'Auteur Rue des Noyers,
Avec Privilege d'Auteur.
1790.
SUPPLEMENT
à la Partie Nord-Ouest de l'Amerique, Reçue les Decouvertes du Capitaine Cook
GRANDE MER DU SUD OU PACIFIQUE
Tropique du Cancer
Tropique du Capricorne
Equateur ou Ligne Equinoctiale
GOLFE DU MÉXIQUE
LOUISIANE
FLORIDE
NOUVEAU MEXIQUE
Assiniboils
Ouachipouanes
Iles Galapes
Iles Fernandez
les Marquises de Mendoce
Iles de Tropied

Longitude Occidentale du Méridien de Paris

VICENTE ROCAFUERTE

Memoria y práctica de un ministro universal de América
1824-1839

Se imprimió en mayo de 2022 en Offset Rebosán, S. A. de C. V., Acueducto 115, Col. Huipulco, C. P. 14370, Alcaldía Tlalpan, Ciudad de México.

9 786074 462463

Cuadernos del Cronista®
in illo tempore...

INSTITUTO
MATÍAS
ROMERO

República de El Salvador Núm. 47,
Col. Centro, Alcaldía Cuauhtémoc,
C. P. 06080, Ciudad de México.
Tels.: (55) 36 86 50 00 Ext. 8268, (55) 36 86 51 48.

imrinfo@sre.gob.mx
www.gob.mx/imr
@imatiasromero
@imatiasromero